

FÉLIX SIERRA HOYOS

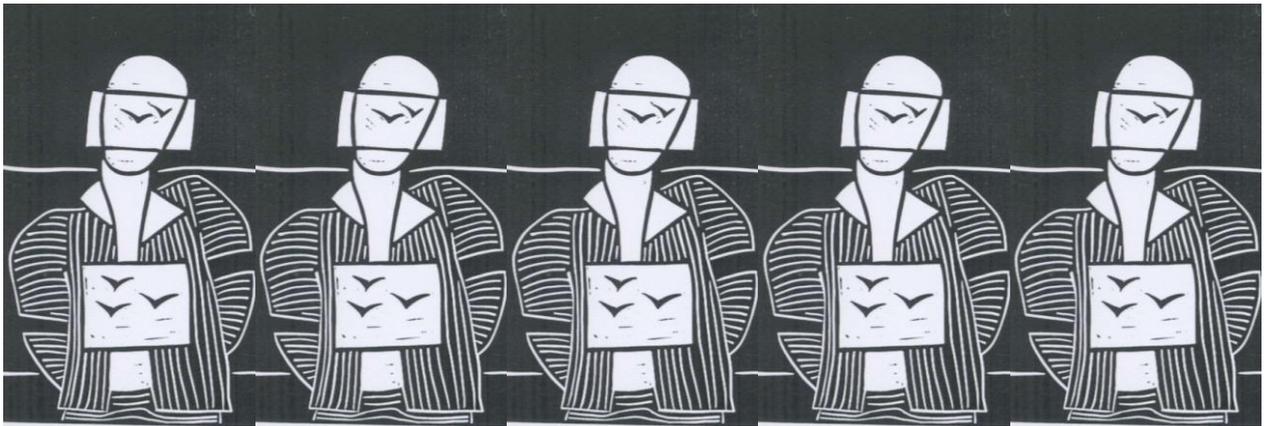
**Vallisoletanos presos en el
Fuerte de San Cristóbal.
Su participación en la gran fuga de 1938**



“Por qué fue creado un solo hombre para ser padre de todas las generaciones de la Tierra?”

Para enseñar que quien mata a un hombre es como si destruyese un mundo, y quien salva a un hombre es como si salvase un mundo”

Talmud Sanhedrim, pág. 37.



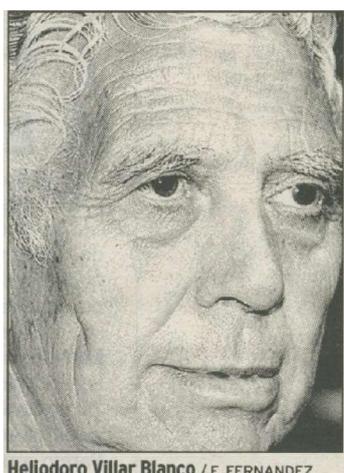
A la memoria
de los asesinados por defender
la libertad y la República.
Y al coraje
de quienes nos lo han recordado.

- 1 Cómo empezó esta investigación
- 2 El Fuerte y su uso como prisión
- 3 Por qué fueron encarcelados y cómo llegaron al Fuerte
- 4 La vida en el Fuerte
 - 4.1 Principales dependencias
 - 4.2 Condiciones de vida de los presos
- 5 La fuga del 22 de mayo de 1938
 - 5.1 Los organizadores de la fuga
 - 5.2 Cómo se adueñaron los presos del Fuerte
 - 5.3 Consecuencias de la fuga
- 6 Los muertos y los fugados vallisoletanos
- 7 El testimonio de tres fugados vallisoletanos
 - 7.1 Teófilo García Arranz
 - 7.2 Fernando Parra San José
 - 7.3 Santiago Robledo Manchón

1. Cómo empezó esta investigación

Un domingo de 1988 me invitaron a recoger unos muebles viejos de una casa deshabitada, en Valladolid. Allí me encontré dos extensos documentos elaborados en 1938, redactados por el fiscal encargado de procesar a cientos de presos que el día 22 de mayo de 1938 se fugaron del Fuerte de San Cristóbal. Los documentos estaban abandonados en el desván de esa casa que iba a ser derribada. Por muy novelesco que parezca este feliz hallazgo, es la pura y simple verdad.

Por entonces yo no sabía nada de ese Fuerte situado a 10 km de Pamplona, ciudad en la que nunca había estado. Empecé a indagar sobre esa fuga y pregunté a un amigo que conocía a muchos republicanos represaliados. Se llamaba Heliodoro Villar, le llamaban “*el fusilado*” porque en la noche del 19 de agosto de 1936, tras tres días de torturas, 7 falangistas le sacaron del calabozo del ayuntamiento de Valderas (León), le dieron tres tiros y, creyendo que estaba bien muerto, le dejaron tirado en la cuneta; tuvo más suerte que Federico García Lorca, fusilado en la madrugada de esa misma noche.



Heliodoro Villar Blanco / F. FERNANDEZ

Heliodoro.



Con Félix, en su 90 cumpleaños.

Heliodoro me ayudó a localizar a 7 fugados que aún vivían y comencé un trabajo de historia oral, escribiendo todo lo que me iban contando sobre el tema. Entablamos buena amistad y buscamos una editorial para publicar su testimonio y los consejos de guerra que les hicieron. En 1990 apareció el libro *La fuga de San Cristóbal, 1938*, editorial Pamiela, Pamplona, edición ya agotada.

Tras esta publicación, tanto los fugados que dieron su testimonio, como yo mismo, quedamos satisfechos y nos limitamos a divulgarle entre nuestras amistades, pensando que el tema ya estaba acabado.



1989: Félix con dos fugados informantes y familiares.

Pero en el año 2003 el pamplonica Iñaki Alforja empezó a rodar un documental sobre el Fuerte y la fuga, me hizo una consulta sobre el tema y, cuando vi los nuevos testimonios y documentos que había conseguido, le propuse hacer un nuevo libro que incluyera las aportaciones de ambos.



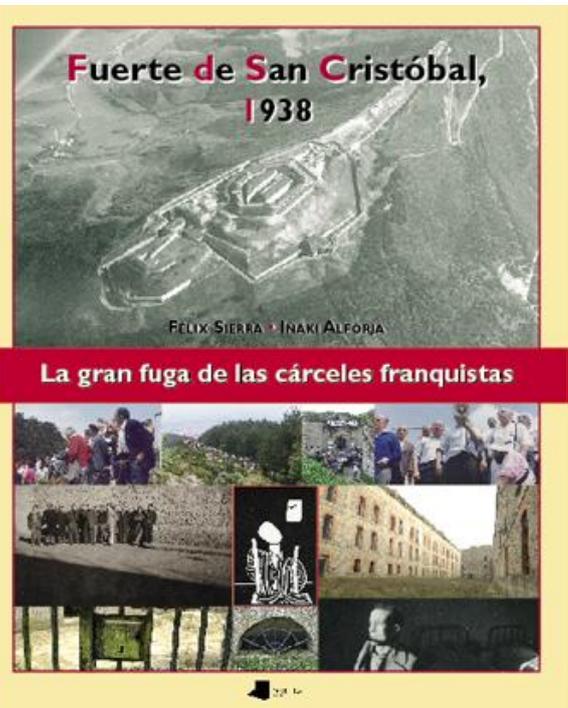
Iñaki entrevistando a Dionisia Alfageme, hermana del vallisoletano Félix Alfageme, muerto en la fuga.

Tras año y medio de trabajo compartido apareció la obra *Fuerte de San Cristóbal, 1938. La gran fuga de las cárceles franquistas*, editorial Pamiela, Pamplona, 2005.



Contraportada

y



portada del libro.

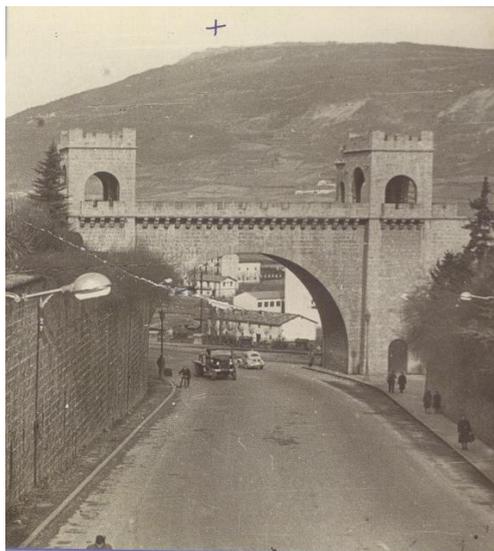
Un año después salió a la luz una 2ª edición, así como el documental que Iñaki elaboró durante cuatro años, titulado *Ezkaba*, por llamarse así el monte en cuya cúspide se halla el Fuerte.

Todo lo que aquí expongo está basado en documentos oficiales y en el testimonio de más de 40 personas que participaron en esos hechos ocurridos hace ya más de 70 años.

A partir del hallazgo de esos documentos abandonados en un desván, y sin contar con ninguna ayuda oficial, hemos conseguido recuperar la memoria de los presos del Fuerte y los nombres de casi 5000 víctimas, documentar la represión que allí hubo y reconstruir la mayor fuga de la historia.

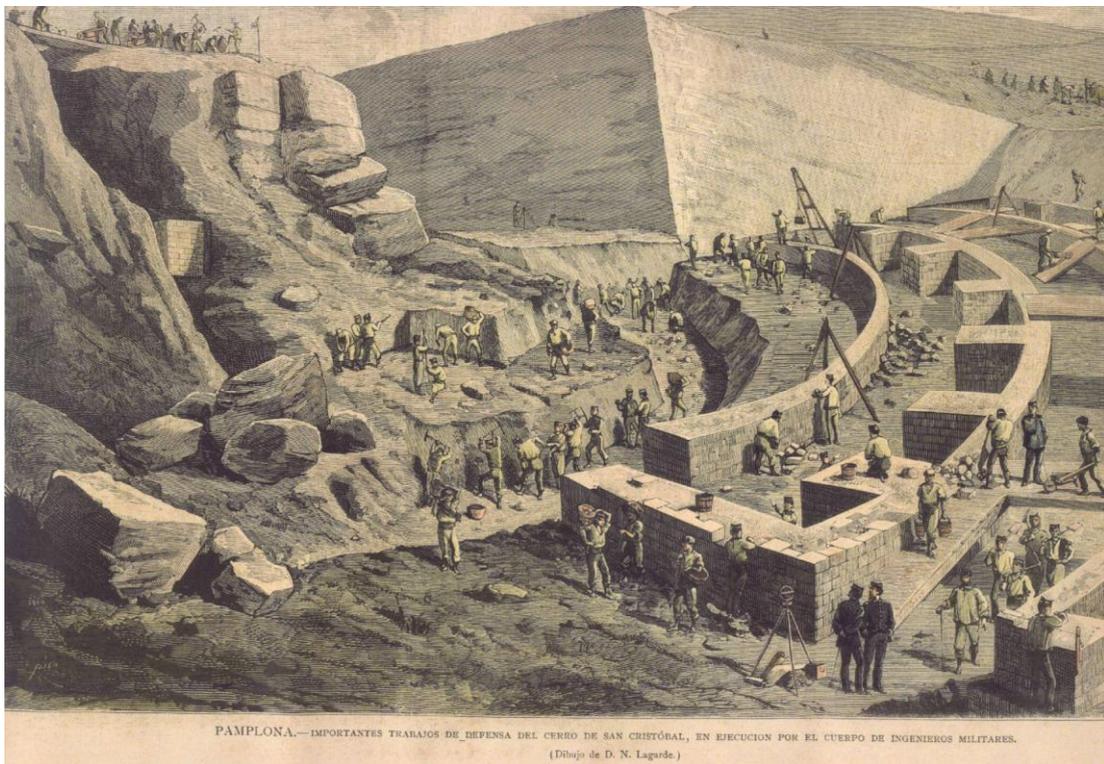
Expondré ahora, resumidamente, lo que pasó en el Fuerte de San Cristóbal y en esa célebre fuga, destacando la participación de más de 400 vallisoletanos. Acabará la exposición con una selección de los testimonios que nos dejaron tres vallisoletanos que se fugaron

2. El Fuerte y su uso como prisión



Postal de Pamplona; arriba, bajo la cruz, está el Fuerte.

Mirando desde Pamplona hacia el norte se ve el monte Ezkaba o de San Cristóbal, en cuya cumbre se halla el Fuerte, la más grande fortaleza construida en el estado español, una impresionante obra de ingeniería militar encargada por el rey Alfonso XII. Aunque oficialmente se llamó Fuerte Alfonso XII, todo el mundo le conoce como Fuerte de San Cristóbal, por hallarse en ese monte. Las obras se iniciaron en 1878 y se prolongaron hasta 1919.



Grabado de la época: se construyen los cimientos; primero se vació con dinamita la cumbre.

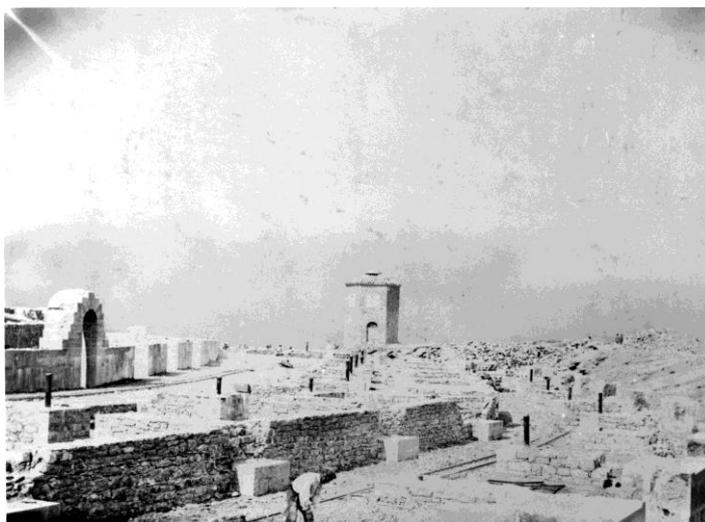
Se construyó vaciando previamente la cumbre del monte para que la fortaleza quedara rehundida, dentro, protegiéndola así del fuego artillero y rodeándola de un amplio foso que impidiera el paso de la infantería.



Foto de la época mostrando la construcción del Fuerte.



Otra foto de las obras.



En esta otra se ve a la izquierda el alzado de la iglesia.



*Otra: ha avanzado el alzado de la iglesia.
Bóvedas de los Pabellones donde residirían los soldados.*



Bóvedas y cubierta de los Pabellones e iglesia.

La extensión de la fortaleza es de 615.000 m² de terreno, disponiendo de todo lo indispensable para que 800 soldados aguantaran un asedio de seis meses en una guerra propia de finales del siglo XIX.



Vista general del Fuerte desde el este.



Vista general del Fuerte desde el este. A la derecha, tras el camino de bajada del monte, se vislumbra Pamplona.

Pero el Fuerte no se utilizó nunca para los fines militares con que había sido diseñado, es decir, como fortaleza artillera que protegiera a Pamplona, debido a que cuando se acabó de construir nació la aviación, perdiendo con ella casi todo su valor militar. Su uso real ha sido como cárcel o penal entre 1934 y 1945.



El encargado de las llaves del Fuerte, antes de utilizarse como penal en 1934.

Se inauguró como penal el 21 de noviembre de 1934, un mes después de ser aplastada a sangre y fuego la revolución obrera de octubre. A partir de ese día ingresan a 43 jóvenes tras aplicarles la *Ley de vagos y maleantes* y a más de 800 presos políticos a los que se aplica una estrategia consciente de dispersión, alejándoles de su tierra, de sus apoyos familiares y sociales. Había entre estos presos 78 vallisoletanos, en su mayoría riosecanos detenidos tras los sucesos del 5 de octubre de 1934.



Momento del Consejo de Guerra contra 77 riosecanos.

El Fuerte pronto se hizo famoso en todo el Estado español por la dureza con que se trató a los presos políticos de 1934. La prensa obrera lo denunció en repetidas ocasiones. En 1935 dos jóvenes presos mueren allí y otros 21 son ingresados graves en hospitales penitenciarios, uno de ellos el riosecano Asterio Fernández Criado.

Mientras, la solidaridad con los presos crece, el movimiento obrero se reorganiza y su tarea prioritaria es ayudarles. Cuando el Frente Popular gana las elecciones generales del 16 de febrero de 1936, la primera medida del gobierno es la amnistía para todos los presos políticos. Estos serán recibidos como héroes por sus familiares, amigos y vecinos.

¡¡Trabajadores!!
 Órgano de la U. G. T. en Navarra

Publicada en el Fuerte de San Cristóbal el día 16 de febrero de 1937. Precio 8 C.

DESPUES DEL 16 DE FEBRERO

PRIMEROS ACTOS DEL GOBIERNO DEL FRENTE POPULAR

Del Fuerte de San Cristóbal y de la Prisión Provincial salen alrededor de 400 camaradas. Indescribible entusiasmo entre los trabajadores de Pamplona. Los actos del sábado y domingo. La despedida.



El acto del Fuerte del
 El sábado por la mañana, a las 10 y 15, se celebró en el Fuerte de San Cristóbal un acto de despedida para los 400 camaradas que iban a salir de allí. Los camaradas se reunieron en el patio del Fuerte, rodeados por los soldados que los escoltaban. El acto fue presidido por el jefe del Frente Popular, Juan Antonio Barba. Los camaradas se despidieron de sus familiares y amigos que habían acudido al Fuerte para acompañarlos. El acto terminó a las 12 horas.



Reunión de camaradas en la Prisión Provincial
 Los camaradas que iban a salir del Fuerte de San Cristóbal se reunieron en la Prisión Provincial el domingo por la mañana. Allí se celebró una reunión en la que se habló de la situación política y de los planes para el futuro. Los camaradas se mostraron muy entusiasmados y decidieron seguir luchando por la liberación de Navarra.



Los camaradas que desde primeras horas de la mañana aguardaron la salida de los detenidos en el Fuerte de San Cristóbal

La liberación de 400 presos del Fuerte es recogida en la portada de la prensa de la UGT.

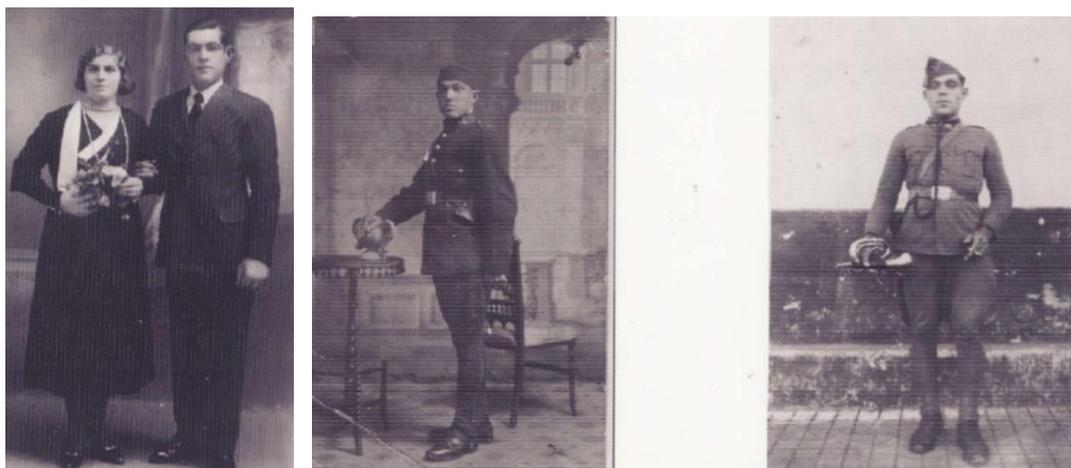


Los camaradas que desde primeras horas de la mañana aguardaron la salida de los detenidos en el Fuerte de San Cristóbal

Entre febrero y julio de 1936, mientras el Fuerte se utiliza como prisión para dos centenares de presos comunes, las fuerzas reaccionarias preparan un golpe de estado que acabe con la joven República y con el gobierno democráticamente salido de las urnas.

Aquel fatídico 18 de julio se desató el golpe de estado, fracasó y desencadenó la terrible guerra civil. En la *zona nacional* controlada por los sublevados no hubo frentes de batalla, pero se persiguió a muerte a quienes habían defendido la legalidad republicana, las libertades y los cambios sociales que había traído la joven democracia. La vida de cientos de miles de hombres y mujeres encontró un traumático destino: fusilados tras absurdos consejos de guerra, *paseados* sin juicio, encarcelados sin haber cometido ningún delito.

Los presos que estuvieron en el Fuerte entre 1935 y febrero del 36 estaban ya en las listas negras. Casi todos serán asesinados en las localidades donde fueron detenidos a partir del 18 de julio. Así, de los 64 riosecanos que estuvieron en el Fuerte, desaparecieron 59.

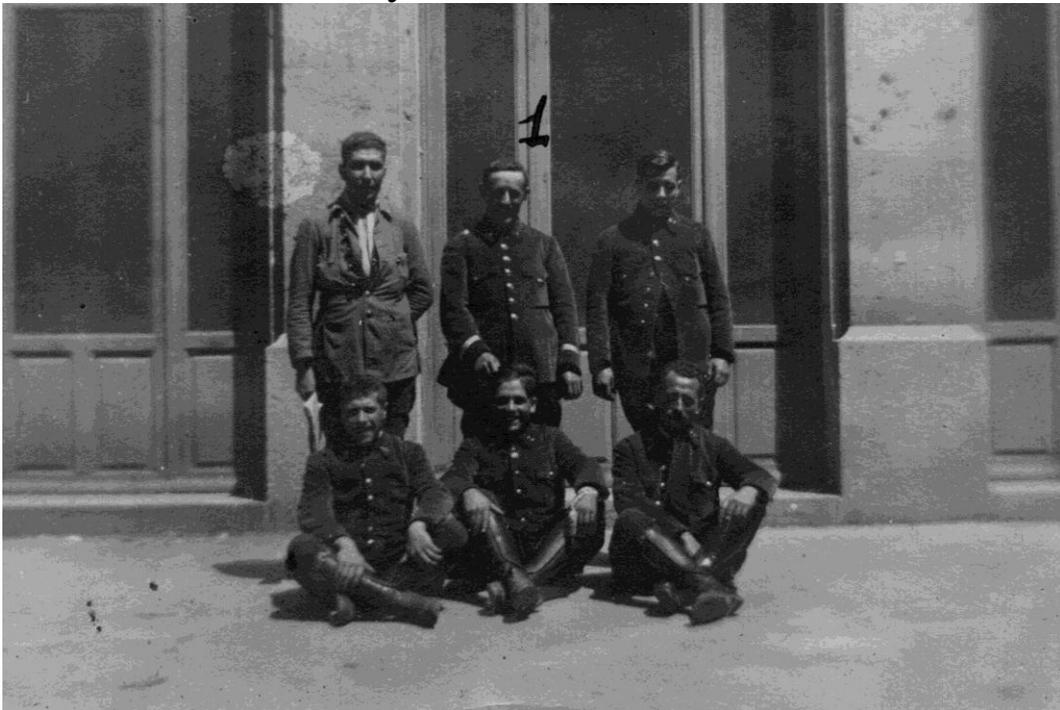


Estanislao, Mariano y Ángel Fernández Bernardo, hermanos, asesinados en Rioseco, tras pasar por el Fuerte.



José Alfonso Alfonso, otro ex preso asesinado en M. de Rioseco

Otro expreso del 34, el bombero vallisoletano Aquilino Otazo, será asesinado junto a otros compañeros bomberos como Isidoro Valseca y Dimas Sansierra.



Bomberos de Valladolid en 1925. Sentado, a la derecha, Aquilino Otazo. El nº 1 es Isidoro Valseca.

A partir del golpe de estado el Fuerte se volvió a utilizar inmediatamente para encerrar a presos políticos. En el verano de 1936 ingresaron a unos 300 navarros gubernativos, es decir, aún no juzgados y expuestos a ser asesinados en cualquier momento. Tras darles falsas órdenes de puesta en libertad, grupos de pistoleros falangistas y carlistas les esperaban en la puerta del Fuerte y les fusilaban en los alrededores, en la segunda curva de bajada hacia Pamplona.

Desde el 21 de agosto de 1936 los funcionarios empezaron a registrar a los presos políticos que llegaban ya juzgados, casi todos condenados a 30 años de prisión por tribunales golpistas que, pervirtiendo el sentido de la justicia, acusaron de “rebelión militar” a quienes defendieron la legalidad republicana.

Primero encerraron a 50 navarros, luego a miles de presos republicanos de otras comunidades. El 26 de diciembre del 36 llega el primer grupo de vallisoletanos, todos ellos condenados el 19 de septiembre de ese año por el simple hecho de encontrarse en la Casa del Pueblo de Valladolid aquel triste 19 de julio. Así, mes a mes, irán llegando grupos de presos vallisoletanos procedentes de las cárceles Nueva y Vieja de Valladolid, así como de la de Medina del Campo. Unos pocos vallisoletanos llegan procedentes de cárceles de otras provincias.

En total, entre 1934 y 1940 serán apuntados en el *Libro registro de presos* del Fuerte 389 vallisoletanos (335 nacidos en la provincia de Valladolid; los otros 54 eran residentes en el momento en que fueron detenidos y juzgados).

3. Por qué fueron encarcelados y cómo llegaron al Fuerte

La inmensa mayoría de los presos fueron detenidos y condenados por defender las libertades, las conquistas sociales y la legalidad democrática republicana frente a quienes dieron el golpe de Estado el 18 de julio.

En el *Libro registro de presos* del Fuerte se apuntó la profesión y el motivo de la detención de 4.940 hombres. Esos datos nos permiten distinguir cuatro categorías de presos: los pertenecientes a la clase obrera, los intelectuales y profesionales liberales, los militares y miembros de fuerzas de seguridad y, finalmente, los detenidos por delitos comunes.

La gran mayoría de los presos pertenecían a la clase obrera y fueron detenidos a partir del 18 de julio en sus respectivos pueblos y ciudades de la zona controlada por los golpistas. No habían cometido ningún delito, eran sencillos trabajadores, detenidos y condenados por pertenecer al movimiento obrero, a las *casas del pueblo*, por militar en o simpatizar con algún sindicato o partido de izquierda vinculado al Frente Popular.

Muchos se libraron de ser fusilados antes de ir a San Cristóbal porque no tenían cargos significativos. Fueron destinados en su mayor parte a las brigadas. Estos presos tenían una ideología y una militancia sindical o política acorde con la clase social a la que pertenecían, con una más que notable conciencia de clase.

Otro grupo de presos, minoritario, era el de los intelectuales, profesionales cualificados y funcionarios detenidos por ser leales a la República, por defender las libertades o por sus ideas progresistas. Fueron enviados a los pabellones.

En este grupo encontramos a personalidades como Federico Landrove Moiño. Aunque nació en Lugo, residía en Valladolid, ejerciendo como profesor de matemáticas en la Escuela Normal de Magisterio, actualmente Colegio Público Antonio García Quintana. Fue inspector de Primera Enseñanza y destacado socialista, siendo el primer alcalde que tuvo Valladolid tras proclamarse la República (1931-1932). Fue detenido en su casa, en Valladolid, junto a su hijo, Federico Landrove, brillantísimo abogado y diputado a Cortes a quien fusilaron el 16 de agosto de 1936.

Encerrado en el Fuerte en mayo del 37, destrozado por tanta barbarie, enfermo, fue enviado en mayo del 38 al Hospital Asilo de Segovia, muriendo a los pocos días, como casi todos los 29 presos de San Cristóbal trasladados a esta cárcel-hospital.

Otra minoría de presos eran militares que defendieron la República, detenidos en el frente de combate o tras caer el frente del norte. El más destacado militar procedente de Valladolid era el general Nicolás Molero Lobo, *“general de división, procedente del Arma de Infantería, que desempeñó la cartera de Guerra en uno de los gobiernos republicanos presidido por Portela Valladares y que el 18 de julio de 1936 se hallaba al mando de la VII División Orgánica, con cabecera en Valladolid, donde pretendió, sin éxito, que la guarnición no se sublevase y permaneciese fiel al gobierno, no pudiendo evitar que el general Saliquet y los oficiales que secundaban a éste —tras un forcejeo en el que Molero resultó gravemente herido— se hiciesen con el mando de la citada división y ganasen la plaza para la causa nacionalista”* (Manuel Rubio Cabeza, Diccionario de la guerra civil española, I, p. 551). Como otros tantos presos ingresados como gubernativos en el verano del 36, el general Molero no aparece en el “Libro registro de presos”

del Fuerte. Sabemos que fue dado de baja en el ejército en diciembre de 1936, fue puesto en libertad condicional a finales de 1940, fijó su residencia en Barcelona y allí falleció en el Hospital Militar.

El cuarto y último grupo de presos es el de los comunes, al que pertenecía menos de un 7% de los hombres allí encerrados.

¿Cómo llegaban los presos al Fuerte?

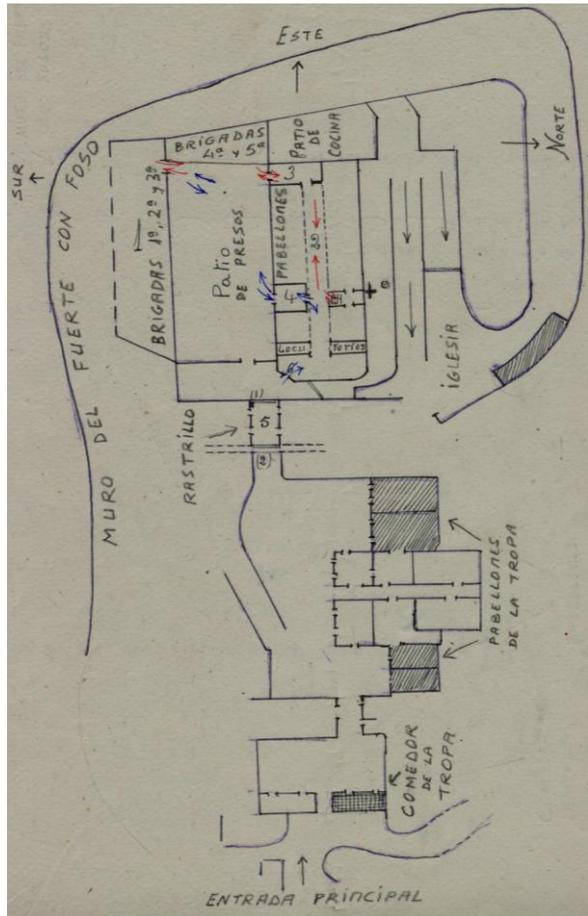
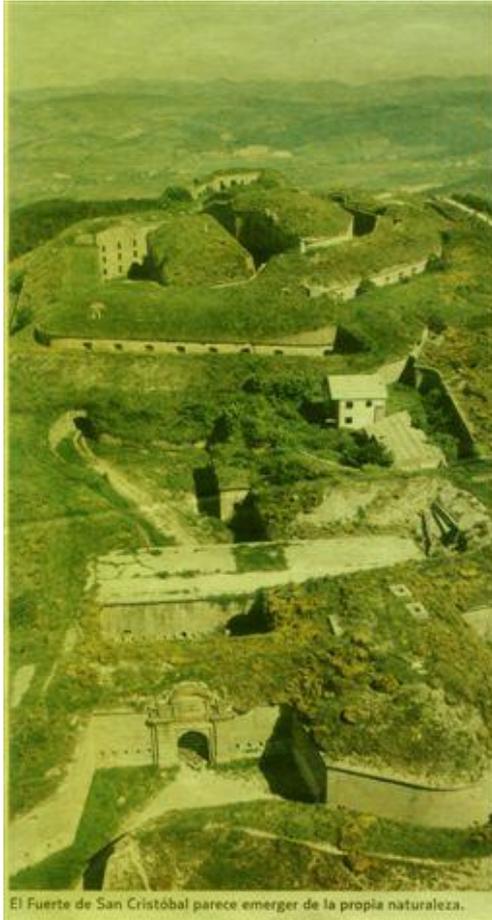
Los presos registrados llegaban siempre procedentes de otra cárcel. Algunos habían sido torturados en forma de brutales palizas. Todos esperaron angustiados el consejo de guerra que les iban a instruir, cuya sentencia condenatoria -- por lo común 30 años, por el “delito” de rebelión militar-- estaba decidida de antemano.

Los presos eran trasladados desde la cárcel en la que fueron inicialmente ingresados hasta Pamplona en tren o en autobús, maniatados y vigilados por guardias civiles o soldados. Desde Pamplona les trasladaban en camión hasta el penal de San Cristóbal.

Allí llegaban debilitados físicamente y con una gran preocupación por sus familias, a las que quedaban desamparadas y aterrorizadas, a cientos de kilómetros, haciendo muy difícil las visitas o el envío de ayuda material. Y allí se encontraron prácticamente incomunicados, encerrados en un tétrico edificio enclavado en la cresta de un monte, maltratados y humillados, sometidos a unas inhumanas condiciones de vida.

4 La vida en el Fuerte

4.1 Las principales dependencias



Vista aérea del Fuerte que se corresponde, casualmente, con el plano que elaboró el fiscal que juzgó en 1938 a los organizadores de la fuga.

Las brigadas eran cinco locales donde se hacinaban la mayoría de los presos. Las brigadas 1ª, 2ª y 3ª ocupaban respectivamente las plantas sótano, primera y segunda de un edificio de cien metros de largo con ventanas que miraban al norte, al patio del penal.



Patio del penal, de 100 por 15 m. Izquierda: edificio de las brigadas. Derecha: edificio de pabellones.

En cada una de estas tres brigadas había entre 500 y 550 hombres, unos 50 por cada una de las 11 naves de cada brigada, a los que se accedía por un túnel que recorría toda la brigada. A cada preso le tocaba un metro cuadrado para comer, dormir y pasar todo el día excepto las horas de patio.

En esas brigadas faltaba de todo, no había nada excepto unos servicios sin taza para más de 500 hombres, una bombilla de 25 vatios para cada nave y ventanas con barrotes, sin cristales; si alguno se acercaba a la ventana los guardianes podían dispararle desde las garitas.

La 1ª brigada es un escenario de pesadilla: el agua filtrando por las paredes de piedra, oscuridad casi absoluta, ventanas de medio punto en lo alto, a ras de patio, por donde apenas entraba el aire, el suelo húmedo y lleno de suciedad acumulada en forma de pecina, una auténtica pocilga irrespirable, un frío mortal, los presos durmiendo en hileras, unos junto a otros, apenas si cabían, con la ropa puesta, sobre el suelo, aislados de éste por el petate o por la manta, quien la tuviera.



Pasillo central de la Brigada 1ª o subterránea. En sus naves dormían y “vivían” los presos. (Luz artificial).

Yo estuve un cuarto de hora midiendo esa brigada, con linterna, el agua escurría por las paredes, el frío se metía en los huesos, notaba que faltaba el oxígeno, es el sitio más horroroso que he visto en mi vida.



Brigadas, patio del penal, pabellones, iglesia, garitas de la guardia militar.

Los presos solo podían salir al patio al que daban las brigadas y pabellones. Es un patio rehundido, donde apenas entra el sol, vivían como en un pozo, viendo solo un trozo de cielo.

Había otras dos brigadas más reducidas. La 4^a, sita en el edificio que hay al final del patio, accediéndose a ella por la misma puerta que las tres primeras, pero girando a la derecha. Y la 5^a, llamada brigada de patio, dedicada en su mayor parte a los presos comunes, situada en la planta baja del edificio de pabellones.

Los pabellones también albergaban a presos. Eran tres y estaban en otro edificio de 100 m. de largo, paralelo al de las brigadas, separados ambos por el patio. En los pabellones se albergaban los presos distinguidos, militares, intelectuales, trabajadores muy cualificados que recibieron un mejor trato. Se albergaban en habitaciones situadas en tres plantas, correspondientes a los pabellones 1^o, 2^o y 3^o. En

su planta baja estaban las oficinas, la brigada de patio, la cocina y los locutorios para las visitas.



Escalera de acceso a los pabellones. Pasillo de pabellones.

Por cocina había dos pequeñas salas para preparar la comida a 2500 personas. Era atendida por presos comunes.



Vista de los fregaderos; la cocina estaba en la sala que había pasando la puerta que vemos.

Había un economato donde vendían muy caros algunos alimentos y tabaco, situado en la planta baja del edificio que

contenía la brigada 4ª. El administrador y el director del penal robaban doblemente a los indefensos presos: reduciéndoles el rancho asignado y obligando a quienes recibieran dinero a comprar alimento en el economato.



Parte del patio con el Economato. Puerta del mismo

El Fuerte estaba rodeado por garitas de guardia desde donde se controlaba desde lo alto el patio donde paseaban los presos, el edificio de las brigadas, el de los pabellones y el exterior del Fuerte.



Sobre las cubiertas de los edificios se aprecian tres de las garitas que permitían controlar el penal.

Los soldados tenían sus propias dependencias, nada más pasar la puerta de acceso al Fuerte: dormitorios, comedor, cuerpo de guardia y patio, que comunicaba con el patio de los presos patio a través de un túnel con dos puertas llamado Rastrillo. Los presos estaban vigilados las 24 horas del día.



Túnel de rastrillos: comunica el patio del Penal con el patio del Cuerpo de guardia.



Una celda de castigo situada en el túnel de rastrillos.



Edificio del Cuerpo de guardia. A la derecha túnel de acceso a la puerta de salida del Fuerte.

4.2 Las condiciones de vida de los presos

El **hambre** fue el problema más grave para todos. Les estaban matando de hambre. Podían recibir paquetes de comida de su familia, pero casi nunca llegaron a su destino, podían cambiar el dinero que les mandaban por tickets para

comprar en el Economato, pero cobraban muy caro y no todos recibían dinero. Lo que a muchos salvó fue que se compartió e intercambió la poca comida que les llegaba. El hambre hizo enfermar a muchos, llevando a algunos hasta la muerte, el hambre fue también una de las razones de la gran fuga.

La principal causa del atroz hambre que sufrieron fue que el administrador y el director reducían hasta el extremo la comida de los presos y se quedaban con la mayor parte del dinero destinado a alimentarles. Fueron procesados después de la fuga por “*malversación de caudales públicos*”.

La **higiene** era pésima, vivían en una asfixiante suciedad debido al hacinamiento, la escasez de agua, la falta de ropa y calzado, las pésimas condiciones del edificio y la situación de abandono al que estaban sometidos. Las consecuencias fueron infecciones, enfermedades como la tuberculosis que diezmaron a los presos y, a veces, epidemias que se combatieron con vacunas para que no se extendieran a los funcionarios.



Los miserables servicios utilizados durante

años por los más de 500 presos de la 2ª brigada

Había barbería, pero había que pagar, lo mismo que el servicio oficial de **lavandería**.



Lavaderos.

Los presos lavaban su ropa en unos lavaderos llenos de agua sucia invadida por **piojos** de ciencia ficción, mutantes, “*rojos y con cola como los escorpiones*”. Eran una plaga constante, con ellos se convivía, cada cual cogía cariño a los que tenía encima, aunque al anochecer el gran entretenimiento consistía en aplastar algunos cientos de chinches, sin posibilidad de acabar con ellos.

La **atención sanitaria** era muy deficiente; la enfermería la atendían monjas que auxiliaban más al médico que a los enfermos. El médico les visitaba volteando con el pie a los que estaban tumbados en el suelo de las brigadas y despachándoles con un purgante. El mismo médico manifiesta que no disponía de medios para atender a los presos.

No tenían ningún **mueble**. Dormían sobre el frío y húmedo suelo; unos pocos tenían la suerte de disponer de un

colchón enviado por la familia, o una manta llevada por ellos mismos desde la anterior cárcel. Los petates habían sido frecuentemente deshilados para elaborar zapatillas que les aislaran del suelo.

Del **horario** destaca que los presos eran sometidos a cuatro recuentos diarios.

DOCUMENTO B-20

PRISION FORTALEZA DE SAN CRISTOBAL
PAMPLONA

HORARIO de SERVICIOS

SERVICIOS	HORAS
Diana	6 y 30
Recuento	6 y 45
Aseo	7
Desayuno	8
Limpieza de patios	8 y 30
Recuento Relieve }	9
Paseos Talleres Limpieza general }	9 y 30
Visita de Médico	10
Alto talleres	11 y 45
Alto paseo } Cena }	12
Vino	12 y 30
Paseos Talleres Comunicaciones Limpieza general }	14 y 30
Distribución de correo	15
Alto talleres	18 y 15
Alto paseo } Oración } Cena }	18 y 30
Vino	19
Recuento } Retreta }	20 y 30
Silencio	21
Recuento Relieve de cuartos nocturnos }	1 y 30

Les comunicaciones hasta las 17 horas.

Pamplona 20 de Marzo de 1.938. (II AÑO TRIUNFAL)
El Director Jefe Superior:

Alfonso de Rojas



Horario de “servicios” para lo presos (20-4-1938)

El horario cambia levemente de invierno a verano, especificándose las actividades de los presos a lo largo del día, aunque alguna como el “vino a las 12’30” era una broma. El paseo en el patio era permitido “desde las 9’30 a 12 y desde las 14 a las 19”. Los presos de cada brigada salían a distinta hora, 2500 presos no cabían en los 1500 m2 del patio. A veces paseaban en formación, en columnas de cinco.



Otra vista del patio donde paseaban los presos.

Los presos que desempeñaban **trabajos** eran la excepción, a unos pocos les mandaron labores de albañilería, chapuzas, arreglos, transporte de víveres bloqueados por la nieve, limpieza de aljibes y pozos, etc. Algunos funcionarios se aprovecharon de la fuerza de trabajo de los presos para su beneficio personal.

Los **cacheos** y las requisas o inspecciones en todas las dependencias podían hacerse en cualquier momento, cuando menos lo esperaran. No se permitía a los presos tener nada, ningún instrumento, ni siquiera un tenedor para comer, solo su ropa y sus piojos.

Las **visitas de familiares** duraban 15 minutos. Cada brigada o pabellón tenía asignado un día de la semana. Se apuntaba a los familiares y esperaban en unos locutorios situados en la planta baja del edificio de pabellones. Los presos aparecían tras dos filas de barrotes y mallas. Las visitas eran *“presenciadas por un Funcionario que no permitirá que se trate de ningún asunto político, social o de*

Prisiones y de aquello que de alguna manera roce la crítica de las Autoridades o Instituciones fundamentales del Estado”.



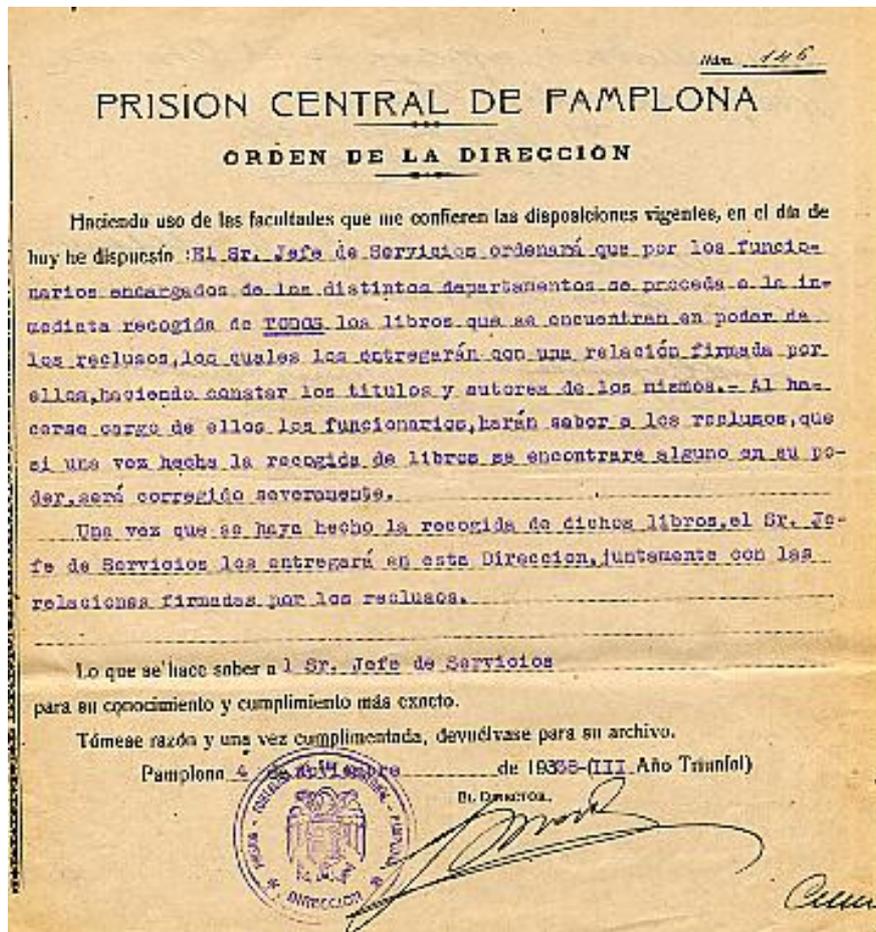
Locutorios: así veían los reos a sus familiares.

El rigor de las visitas se extendía a la **correspondencia**. La censura era explícita: *“Está prohibido, terminantemente, referir nada de otros presos, ni hacer alusión a entradas o salidas en el Establecimiento”.*

Los jefes fascistas ordenaron *“que la correspondencia escrita de los penados tanto de entrada como de salida, se limite a la relación con las esposas, padres, hijos o hermanos y que en ningún caso se curse la dirigida a otras prisiones ni la que se reciba procedente de las mismas. Tampoco se cursará ninguna carta que contenga manifestaciones, aunque sea disimuladamente, contrarias al Glorioso Movimiento Nacional o al Régimen del Estado o perjudiquen de alguna manera al Régimen del Establecimiento o sean contrarios a la moral y buenas costumbres. Se tendrá especial cuidado en las cartas que procedan del extranjero o se dirijan a éste”.*

La **prensa**, muy deseada por los presos para conocer las novedades de la guerra, les estaba vedada, “*quedando absolutamente prohibida la entrada de periódicos de ninguna clase en la Prisión, ni permitida la lectura de ellos a los reclusos*”.

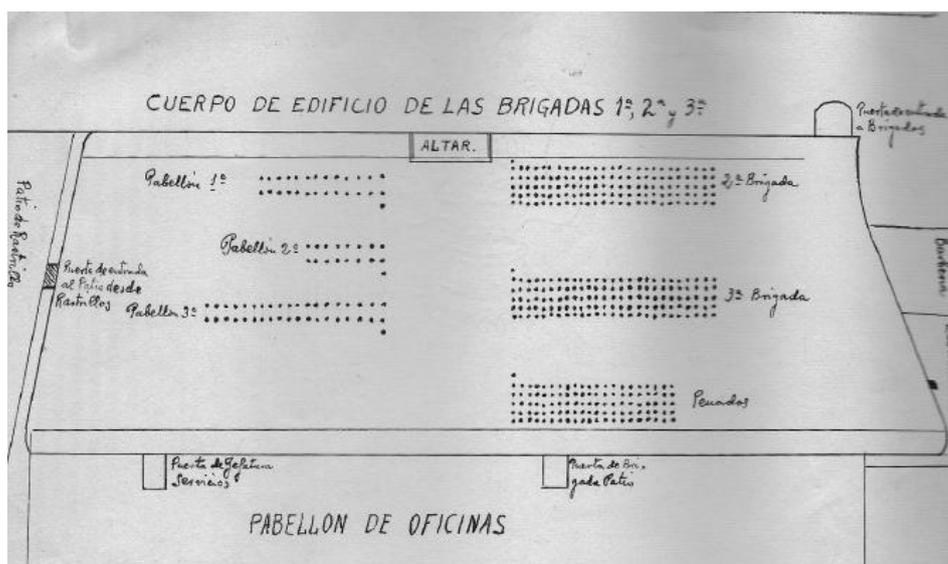
Los **libros** estaban prohibidos; el director ordena “*la inmediata recogida de TODOS los libros que se encuentran en poder de los reclusos (...) Los funcionarios harán saber a los reclusos que si una vez hecha la recogida de libros se encontrara alguno en su poder, será corregido severamente*”.



La **religión** era impuesta a la fuerza, iglesia y estado fascista –uña y carne, mano a mano-- buscando la sumisión de los presos, aplastándoles hasta la conciencia, extirpando

sus ideales, reeducándoles hasta redimir su pecado de querer ser libres.

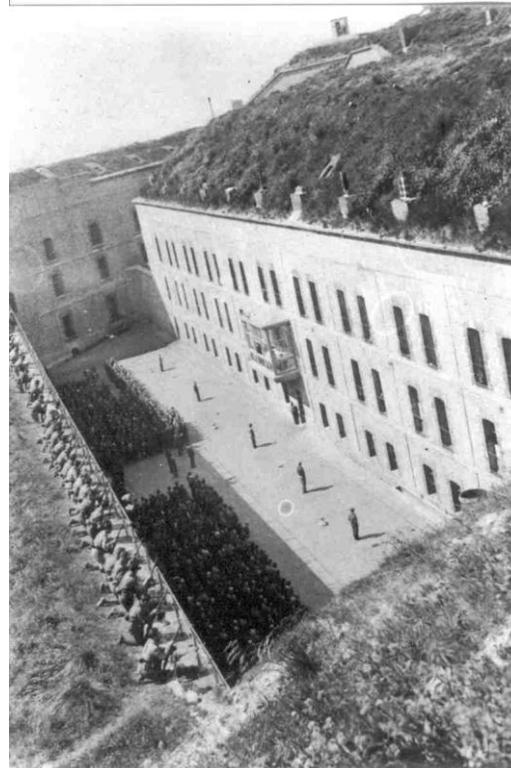
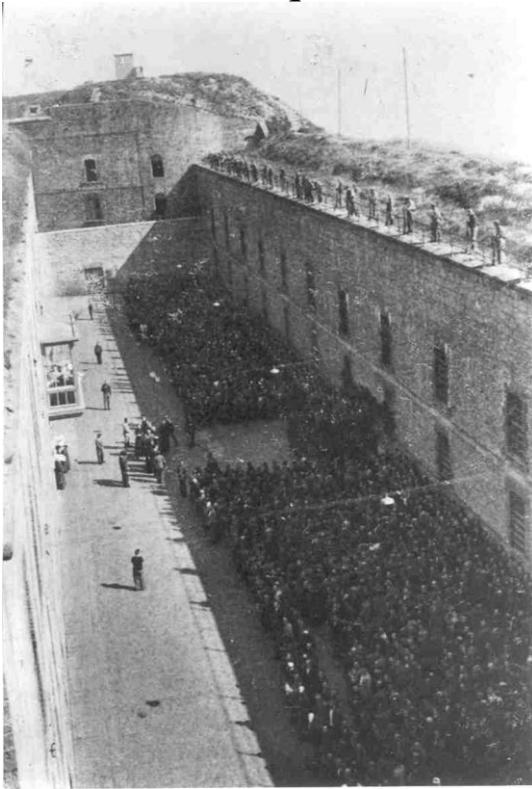
Les obligaban a asistir los domingos a **misa** bajo la amenaza de ser sacados a golpes de sus brigadas. La misa se celebraba en el patio conforme a una disposición ritual minuciosamente estudiada.



Plano del patio del Fuerte representando cómo han de situarse los presos de cada dependencia para la misa.

El Director ordena cómo han de asistir los presos a **misa**:
“He dispuesto de la Misa que ha de celebrarse en el Patio de la Prisión los domingos y Fiestas de Guardar, se verifique a las ocho en punto de la mañana de estos días, a la que podrán asistir los reclusos “voluntariamente”. Estos saldrán formados de las Brigadas o Departamentos respectivos, alineándose de a cinco en el patio y separadamente de los de otras Brigadas, permaneciendo en posición de firmes todo el tiempo que dure la Misa, salvo en el momento de alzar que hincarán la rodilla derecha en tierra.” (Doc. D-4).

Esta descripción que hace el director del penal ha sido comprobada gráficamente mediante dos extraordinarias fotos de 1940 que nos envió el familiar de un preso.



Los presos en formación, en el patio, en dos tomas distintas, preparados par la misa, vigilados por funcionarios, abajo, y por soldados con fusil, rodrilla en tierra, sobre la cubierta de las brigadas.

Todos presos recuerdan que les obligaban a **rezar** y a **cantar** los himnos fascistas, brazo en alto. Uno de los capellanes oficiaba la misa con pistola visible sobre su corraje, los presos permanecían en formación bajo la atenta mirada de funcionarios, soldados, falangistas y requetés. El capellán les mandaba alguna vez gritar “¡*Franco!*”, los presos a veces gritaban “¡*Rancho!*”.

Estas son algunas de las condiciones de vida a las que sometieron a los presos para quebrar su cuerpo, su moral y sus convicciones políticas.

5 La fuga del 22 de mayo de 1938

5.1 Los organizadores de la fuga

Leopoldo Pico fue su líder. Era un joven moldeador, militante del PCE, amigo de *La Pasionaria*. Nació en Rasines (Cantabria), pero vivía en Deusto con su mujer y sus dos hijos. A los pocos días de iniciarse el golpe de estado fue detenido en Barambio con otros camaradas que intentaron volar un puente que separaba Álava de Vizcaya. Tenía entonces 25 años.

Los compañeros de confianza de Pico para elaborar el plan de fuga fueron 7 presos juzgados como él en Vitoria. A este grupo se sumaron otros 3 pamplonicas, 6 vallisoletanos y 3 segovianos. Junto a estos 20 colaboraron otros 7 que tenían una buena amistad con los anteriores por su ideología, su ubicación en el Fuerte o su lugar de procedencia. Además de estos 27 hombres, otros pocos sabían que se estaba preparando una fuga, pero no conocían con precisión el plan, ni la fecha.



Leopoldo Cámara, segoviano, y Macario González, vallisoletano, informantes que sabían “que se estaba preparando una fuga”.

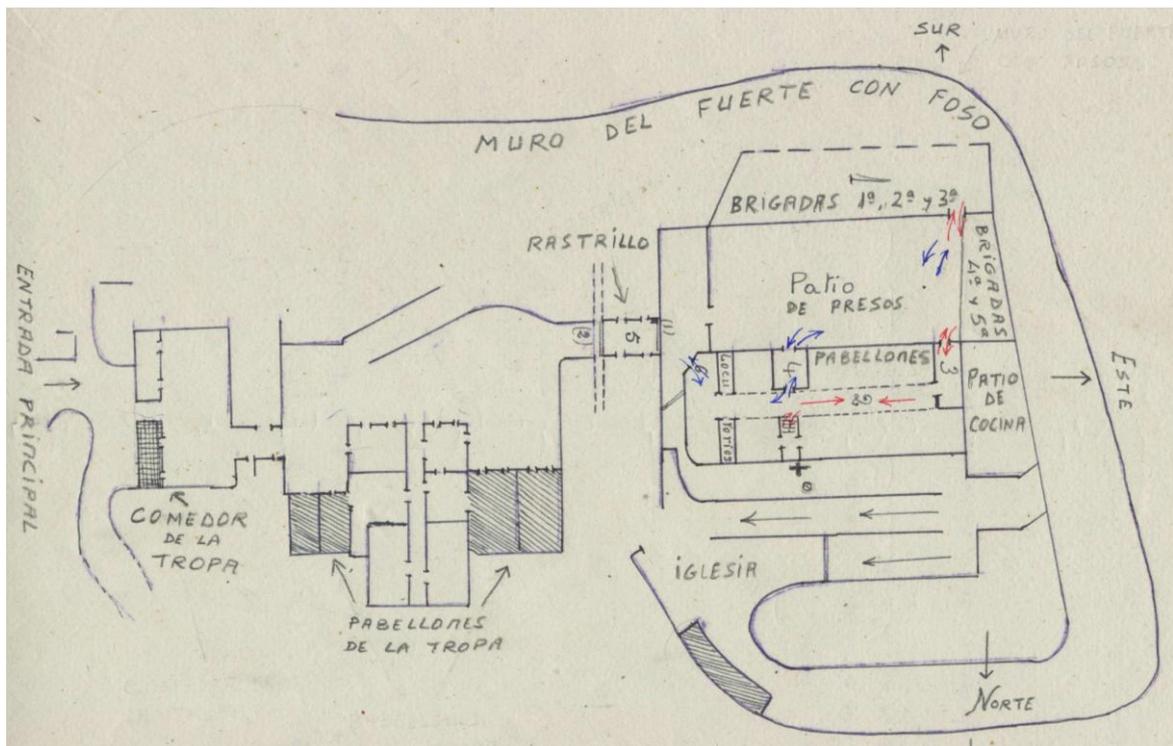
5.2 Cómo se adueñaron los presos del Fuerte

Expondré un resumen basado en la reconstrucción que hizo el Ministerio Fiscal en el sumarísimo contra los “*promotores de la sublevación*” y en el testimonio de los presos informantes.

El plan se ideó durante meses en la 7ª nave de la 1ª brigada, donde estaban Pico y otros organizadores. Escogieron un domingo, el 22 de mayo de 1938, porque habría de servicio menos funcionarios. Ese día había en el Fuerte 2.487 presos custodiados por los una decena de funcionarios encargados de la vigilancia interna del Penal y por 92 militares encargados de la vigilancia externa, pertenecientes al Batallón 331 acantonado en Pamplona, contando con un alférez, 3 sargentos, 5 cabos y 83 soldados, con 80 fusiles.

Ideado el plan de fuga, Pico dio instrucciones concretas a una docena de presos, algunos de los cuales desempeñaban servicios de albañilería y fontanería en el penal, lo que les permitía poder circular con más libertad y conocer el funcionamiento del mismo.

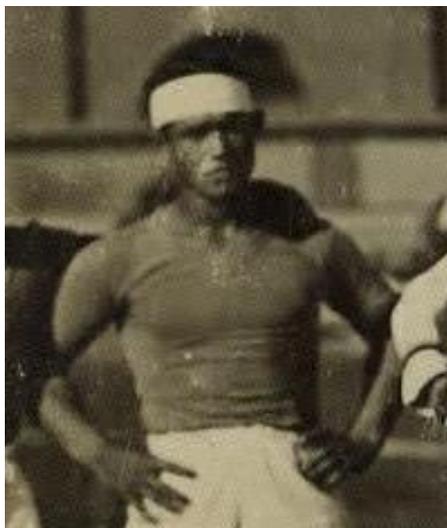
Para iniciar su plan escogieron el momento en que llevaban la cena a los presos, a las ocho de la tarde, hora en la que también comía la tropa de guarnición en el Fuerte, y en la que era posible aprovechar la constante apertura de puertas para trasladar la comida desde la cocina a las brigadas y pabellones donde comían los presos.



Plano del Fuerte elaborado por el fiscal para reconstruir los pasos que dieron los organizadores de la fuga; actuaron en dos grupos señalados con flechas rojas y azules.

Expongo el desarrolló de la fuga en 10 pasos.

1º.- El primer paso le dieron Leopoldo Pico y el vallisoletano Baltasar Rabanillo: **detuvieron al guardián** distribuidor del rancho de la 1ª brigada y le encerraron en un sótano de la misma, haciendo lo mismo con el guardián de la 2ª brigada y con tres ordenanzas de ésta.



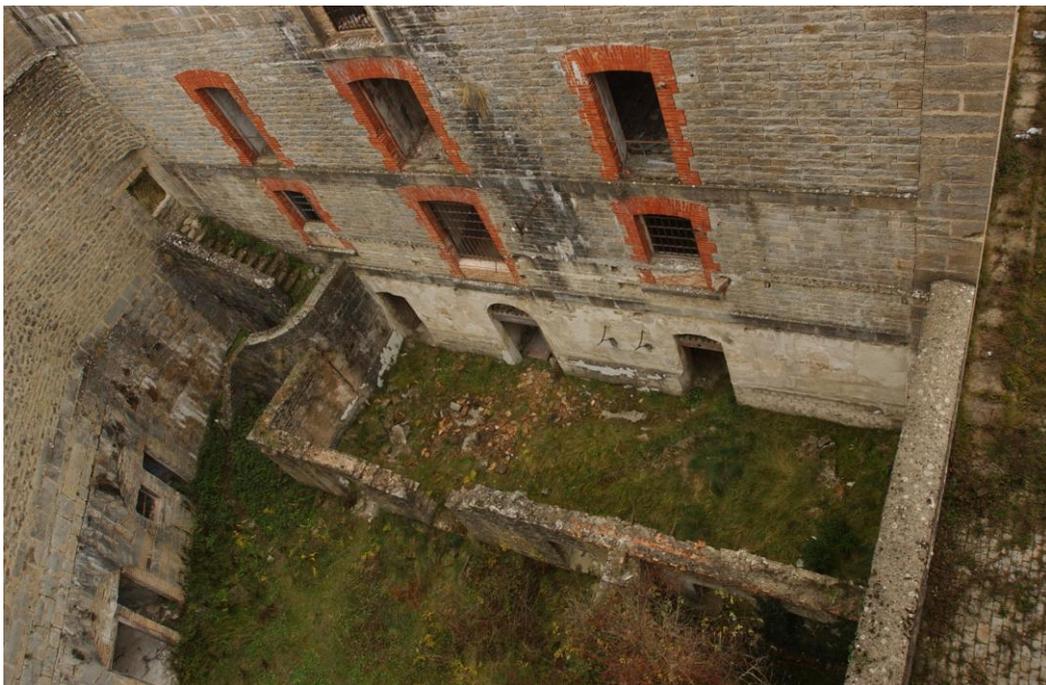
Baltasar Rabanillo



Cuarto de servicios de la 2ª brigada.

Pico quitó la pistola a uno de estos guardianes, se puso su chaqueta y su gorra y se les sumaron otros 10 implicados en la fuga, dividiéndose en dos grupos.

2º.- **Uno de los grupos**, integrado por **5 presos** (entre ellos los vallisoletanos Gerardo Aguado, Teodoro Aguado, Bautista Álvarez y Calixto Carbonero), cruzó el patio, fue hacia la cocina y detuvo a tres cocineros y a un guardián.



Vista aérea de la cocina, hoy sin techo. A la derecha el patio de paseo de los presos.

Luego hicieron lo mismo con otros tres funcionarios y les encerraron en un cuarto de herramientas, de donde extrajeron algunas. Llegaron a una puerta que da al exterior del edificio de pabellones por el lado que da a la iglesia. Había dos centinelas, les redujeron, pero uno de ellos empezó a gritar poniendo en peligro todo el plan de fuga y murió tras ser golpeado con una piqueta. Ese grupo de presos regresó a las brigadas para reclutar a más compañeros.

3°.- Simultáneamente, **el otro grupo de 7 presos**, capitaneado por Pico y contando con los vallisoletanos Antonio Elorza y Baltasar Rabanillo, cruzó el patio en diagonal, se dirigió a la Oficina donde se hallaba el Jefe de servicios y un ayudante, y les desarmaron.

4°.- Obligaron al ayudante a ir hasta la **puerta de Rastrillos** por la que se pasaba al exterior del penal, el otro gran patio en el que se encontraba el Cuerpo de Guardia. El ayudante avisó a un guardián que estaba al otro lado de la puerta, diciéndole que le llamaba el Jefe de servicios.



Lugar donde ocurrió lo que se narra en el paso 4°.

5°.- El guardián pasó por la puerta de verjas del rastrillo volviendo a cerrarla y llevando consigo las llaves a su cargo. Redujeron al guardián, **le quitaron las llaves** y el grupo de 7 regresó a la 1ª brigada para unirse con el otro grupo de 5 cuya actuación ya hemos descrito.



6°.- **Se fusionaron todos en uno solo** que se incrementó hasta reunirse unos 50. Se dirigieron a los rastrillos, abrieron sus dos puertas y atravesaron el túnel de rastrillos, salieron por el túnel al patio del Cuerpo de Guardia y llegaron hasta los edificios ocupados por la guardia exterior, cuyos soldados se hallaban cenando en el comedor.



Puerta del patio y puerta del túnel de rastrillos.



Túnel de rastrillos.



Salida del túnel de rastrillo al patio del cuerpo de guardia.



Edificio donde estaba cenando los soldados de la guardi exterior.

7°.- Sorprendieron y **desarmaron a los soldados**, apoderándose de 70 fusiles que tenían, con los que consiguieron **rendir a los centinelas** de las garitas que

rodean el Fuerte, excepto dos centinelas que al oír el tiroteo salieron corriendo monte abajo hasta llegar al cercano pueblo de Ainzoin, donde luego darían aviso por teléfono al cuartel del Batallón 331 de lo que estaba ocurriendo.



8°.- Rendida la guardia, los organizadores de la fuga se hicieron totalmente con el control del Fuerte. Todas estas operaciones se realizaron, aproximadamente, en algo más de media hora. Entonces abrieron la puerta principal del Fuerte y la mayoría de los 2.487 presos que había **salieron fuera**. Los presos no agredieron a los funcionarios, ni a los soldados ya desarmados, no se movieron por ningún ánimo de venganza, a pesar de las calamidades que allí estaban sufriendo.



En la puerta del Fuerte, fuera de éste, hubo una enorme confusión, muy pocos presos estaban al corriente del plan de fuga, cada cual buscó y preguntó a los amigos de confianza para decidir qué hacer, se supo que un soldado se había escapado monte abajo, que daría la alarma y que el ejército llegaría pronto. Hora y media después de iniciado el plan de fuga, ya oscureciendo, se divisaban fuerzas militares que subían en camiones hacia el Fuerte con potentes reflectores.

9º.- Al final, 795 presos **decidieron fugarse** monte abajo en dirección a Francia y otros muchos, tras merodear por los alrededores del Fuerte, volvieron a entrar a sus respectivas brigadas o pabellones.



Vista de la dirección que tomaron los presos fugados.

10°.- Inmediatamente se desató **la caza-captura** de los fugados. El ejército, ayudado por requetés y falangistas, les fue cortando los pasos de puentes y carreteras. Los fugados estaban desorientados, débiles, hambrientos, mal vestidos y mal calzados, desarmados en su mayoría. Les fueron cazando como a conejos.



Montes navarros por donde fueron cazados.

5.3 Consecuencias de la fuga

El balance más doloroso fue que mataron a 207 de los 795 fugados. Tan solo 3 consiguieron llegar a Francia. Los 585 restantes fueron capturados y reintegrados al Fuerte, la

mayoría en los tres primeros días. El último fue capturado el 14 de agosto y le llamarían cariñosamente *Tarzán*.

A los capturados les metieron en la 1ª brigada, la subterránea, desnudos y sin comida durante los primeros días. Allí les tuvieron tres meses, solo les dejaban salir al patio media hora al amanecer, a paso ligero, hasta quedar extenuados.



Ventana de la 1ª brigada, donde encerraron a los fugados.

En la noche del 22 de mayo los presos no fugados de algunas brigadas estuvieron a punto de ser fusilados en el patio por fuerzas militares que entraron en el Fuerte; se salvaron porque les protegió un funcionario.

Se dio la alarma en todas las cárceles franquistas y se acentuó el aislamiento y la incomunicación de los presos. Parece ser que tanto el obispo de Pamplona, Olaechea, como algún médico que visitó a los fugados, se quejaron a las autoridades de la inhumana situación en que les tenían. Al fin, les permitieron salir al patio y se normalizó su situación.

En el Consejo de Guerra que les hicieron impusieron a 568 fugados 17 años más de cárcel, gracias a que los pocos a los que se interrogó alegaron que se habían escapado por hambre. Solo se permitió testificar ante el juez militar a 70

de los 568 encausados. De éstos luego morirían en el Fuerte por enfermedad 47.

Condenaron a muerte a 14 de los 17 fugados acusados de ser los “*promotores de la sublevación*”, siendo fusilados públicamente a las 7,30 h. del día 8 de septiembre de 1938 en la Vuelta del Castillo, junto a la Ciudadela de Pamplona. De los 14 fusilados 6 eran vallisoletanos:

- Gerardo Aguado Gómez, albañil, 33 años, 8 hijos.
- Teodoro Aguado Gómez, albañil, 25 años.
- Bautista Álvarez Blanco, fontanero, 26 años.
- Antonio Escudero Alconero, carpintero, 23 años.
- Calixto Carbonero Nieto, viajante, 29 años.
- Baltasar Rabanillo Rodríguez, panadero, 24 años.



Lugar donde fueron fusilados los 14 organizadores.

Algunos organizadores de la fuga serían fusilados sin juicio, nada más ser capturados. Del líder, Leopoldo Pico, consta oficialmente que fue “*fusilado*”, extrajudicialmente,

apuntándose así en el *folio 200* del sumario. De los 27 organizadores de la fuga salvaron la vida 8.

Pero la fuga acrecentó el compañerismo y el apoyo mutuo entre los presos, así como la conciencia de que podían luchar contra el fascismo aun en las más adversas condiciones. Tras la fuga las condiciones de vida del Fuerte mejoraron, especialmente la alimentación; de no haberse realizado, quizás hubieran muerto muchos más de hambre y enfermedad.

Hace 70 años, unos pocos presos –hambrientos, sin armas y sin ayuda exterior-- lograron algo heroico: en plena guerra, en la retaguardia franquista, se hicieron con el control del penal más duro de la dictadura y abrieron las puertas a más de 2400 compañeros. La valentía, el idealismo y la generosidad de sus protagonistas no caerán nunca en el olvido.



22 de mayo de 1988: una veintena de fugados celebraron el 50 aniversario de la fuga.

6. Los muertos y los fugados vallisoletanos

A principios de los años cuarenta la mayoría de los presos salieron del Fuerte. Unos fueron enviados a otras cárceles franquistas, otros a batallones de trabajadores, algunos salieron en libertad condicional.

Pero los presos que sobrevivieron a aquel infierno no olvidarían nunca a los cientos de compañeros que allí quedaron para siempre.

De los 4940 presos registrados oficialmente murieron, al menos, 621 a consecuencia de la represión fascista. De estos hombres 110 eran vallisoletanos y murieron de la siguientes formas:

- Presos de 1934 asesinados luego en 1936	59
- Fugados, muertos el 22 de mayo del 38	31
- Fugados, muertos luego por enfermedad	4
- Fugados, fusilados como organizadores	6
- No fugados, muertos por enfermedad	<u>10</u>
TOTAL	110

Desde 1945 el Fuerte dejó de usarse como penal y el ejército le utilizó como polvorín hasta que hace una década fue cerrado. Hoy sigue perteneciendo al ejército y ha sido declarado Bien de Interés Cultural por la Dirección General de Bellas Artes. Se están barajando proyectos para rehabilitar el Fuerte y el monte de San Cristóbal de manera que sea un lugar de ocio para la ciudadanía. Se haga lo que se haga, no se debe olvidar nunca que allí hubo una represión brutal contra miles de hombres.

Las autoridades fascistas no informaban a los familiares cuando fallecía un preso. Casi 70 años después no han sido entregados a sus familiares los restos de cientos de muertos

registrados, ni de los 300 gubernativos fusilados. No vamos a olvidar a estos hombres.

Se han localizado dónde están enterrados, en tumbas individuales, 131 presos que murieron por enfermedad entre 1942 y 1944, de los cuales 11 eran de Castilla y León:

APELLIDO	APELLIDO	NOMBRE	LOCALIDAD	PROVINCIA		EDAD	E CIVIL
Pastor	Herrero	Modesto	Sahagún	León	Jornalero	29	
Rodríguez	Martín	Luís	Torneros	León	Jornalero	51	C
Llamas	Calleja	Félix	Trobajo del Cerecedo	León	Albañil	57	Viudo
Riesco/Biereo	Arroyo	Leonardo	Sancedo	León	Labrador	28	S
Cadenas	Martín	Narciso	Guimara	León	Minero	24	S
Martín	Pascual	Félix	Fuentes de Nava	Palencia	Jornalero	39	C
Montero	Sanz	Juán	Cuéllar	Segovia	Jornalero	38	S
Cubo	Fernández	Luís	Nava de la Asunción	Segovia	Jornalero	22	S
Rodríguez	González	Alfonso	Béjar	Salamanca	Carpintero	43	C
Villán	Díaz	Nemesio	Valladolid	Valladolid	Jornalero	20	S
Barrios	Antón	Ireneo	Fresno Polvorosa	Zamora	MInero	55	C



Vista general del Fuerte. El rectángulo de la derecha es el cementerio donde enterraron a 131 presos.

Desde hace un año el equipo Aranzadi, dirigido por el forense Paco Etxebarria, está exhumando los cuerpos de quienes sean reclamados por sus familiares.

Otros 203 presos que murieron por enfermedad en el Fuerte están enterrados en cementerios de pueblos que rodean el monte de San Cristóbal; entre estos 203 presos están los siguientes 7 vallisoletanos:

Apellido	Apellido	Nombre	Natural de	Provincia	Fecha defunción	Enterrado en
Zancajo	García	Gerónimo	Muriel de Zapardiel	Valladolid	26/11/1937	Berriozar
Villar	Blanco	Guillermo	Nava del Rey	Valladolid	31/10/1937	Berriozar
Ortuñez	Serrano	Anselmo	Olmedo	Valladolid	14/05/1941	Ainzoain
López	Rueda	Rafael	Pozalan?	Valladolid	22/11/1938	Loza
Del Amo	Correa	Eloy	Valladolid	Valladolid	05/10/1941	Berriosuso
Del Campo	Martínez	Patricio	Valladolid	Valladolid	05/05/1939	Berriozar
Calvo	Alonso	Vicente	Villalón de Campos	Valladolid	26/04/1942	Ainzoain

Los 14 fusilados como organizadores de la fuga están en una fosa del cementerio de Pamplona. Allí están, pues, los restos de seis vallisoletanos: los hermanos Gerardo y Teodoro Aguado Gómez, Bautista Álvarez Blanco, Calixto Carbonero Nieto, Antonio Escudero Alconero y Baltasar Rabanillo Rodríguez, esperando aún volver a Valladolid, a su tierra, junto a los suyos.



Antonio Escudero, agachado, segundo por la derecha, en la Plaza Mayor de Valladolid, asistiendo a un sorteo de novilleros.



Baltasar Rabanillo, 2º por la izquierda, posando con el equipo de fútbol del Delicias en su antiguo campo, adosado a la plaza de toros de Valladolid.

La participación de los vallisoletanos en la organización de la fuga fue, pues, de primera magnitud, nada menos que 6 de los 14 acusados de ser los organizadores.

También es elocuente la gran proporción de vallisoletanos fugados: de los 795 fugados, 89 habían nacido en Valladolid, muriendo en la fuga 22. Esta cifra solo fue superada por Pontevedra, de donde procedían 95 fugados, muriendo 26.

7. El testimonio de tres fugados vallisoletanos

La recuperación de la memoria histórica exige un urgentísimo trabajo de recopilación del testimonio de las víctimas de la represión. En el caso de los presos que estuvieron en el Fuerte creemos que se ha salvado buena parte de ese testimonio: nuestro libro dedica 150 páginas a exponer el testimonio de 40 informantes, 12 de ellos de Castilla y León. Tres vivían en Valladolid en 1936: Teófilo García, Fernando Parra y Santiago Robledo. Esto es lo que nos contaron sobre la represión que siguió al golpe de estado, su paso por diversas cárceles franquistas y su participación en la gran fuga del 22 de mayo de 1938.

7.1 TEÓFILO GARCÍA ARRANZ

Nació en Peñafiel en 1910 y siendo joven fue a vivir a Valladolid en busca de trabajo, rondando la ciudad los 80.000 habitantes. Era muy inteligente y observador y allí le llamaban “el maestro” de mus, había ganado varios campeonatos del mundo.



Teófilo y Leopoldo Cámara (segoviano), fugados. En una fosa del cementerio de Valladolid: 14- abril-1989.

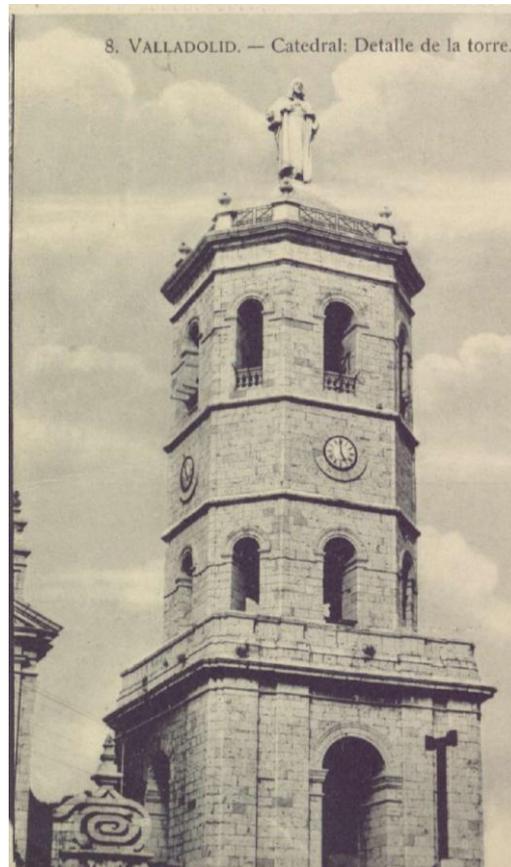
A.- POR QUÉ FUE ENCARCELADO

El 18 de julio por la tarde, estando jugando a la garrafina en el bar Benítez, detrás del ayuntamiento vallisoletano, nos enteramos del levantamiento.

Lo primero que vi desde allí fue a un grupo de falangistas que iba a apoderarse de Correos, consiguiéndolo. Desde el bar oímos por la radio a Largo Caballero diciendo que fuéramos a las Casas del Pueblo. Eran las ocho de la tarde. Inmediatamente me fui a la Casa del Pueblo que teníamos en la calle Fray Luís de León, ocupada actualmente por la Farmacia Militar. Entonces estaba aún en obras, era nuestra nueva Casa, construida con nuestro esfuerzo.

Allí nos reunimos cientos de trabajadores, casi todos militantes de la UGT. Estábamos apretujados y expectantes. Al caer la noche fuimos rodeados por el ejército. Tomaron las bocas de entrada y salida de la calle y pusieron una ametralladora en el hueco del reloj de la Catedral, desde

donde barrían los tejados de la Casa del Pueblo. Desde ésta respondieron con algún tiro.



Postal de la torre de la catedral de Valladolid.

Toda la noche estuvimos allí encerrados y, para estar menos apretados, abrimos un boquete en una pared que daba a un bar de una casa colindante. A media noche pidieron voluntarios para empuñar fusiles que, según se decía, nos iba a traer la Guardia Civil. Yo jamás he cogido un arma, pero me apunté. Los fusiles no llegaron nunca...

De madrugada inclinaron al máximo la ametralladora que pusieron en el reloj de la Catedral, llegando los tiros hasta la puerta trasera de la Casa del Pueblo, en la calle Núñez de Arce. Frente a la puerta principal, en la calle Galera, el Ejército emplazó en la mañana del día 19 un cañón. Tiraron unos cañonazos y tuvimos que salir con las manos en alto.



Calle Galera, desde donde dispararon cañonazos contra la Casa del Pueblo, hoy Farmacia Militar.

Cuando salimos, vi en la calle Fray Luís de León a dos hombres muertos que habían intentado escapar. Nos llevaron detenidos a la cárcel Nueva de Valladolid. Había allí tanta gente que pronto nos mandaron a algunos a la cárcel Vieja, junto a Chancillería. (*Actual Biblioteca reina Sofía*).

Antes del dos de septiembre se celebró un Consejo de Guerra contra algunos detenidos en la Casa del Pueblo que consideraban los “peligrosos”. El Fiscal pidió sólo una pena de muerte —contra el presidente de la misma—, pero fue conmutada. A estos procesados les llevaron a Salamanca en dos autocares. El primero de ellos fue detenido en la carretera por falangistas y fusilaron a los presos. Los segundos se salvaron porque el requeté que le mandaba no dejó que los falangistas se llevaran a los presos. Entre éstos estaban el concejal socialista Mariano de los Cobos, así

como Eloy Conde, cuyo padre y dos hermanos serían fusilados tras el Consejo de Guerra que nos hicieron a los demás detenidos en la Casa del Pueblo.

Nos juzgaron en la Cárcel Nueva el día dos de septiembre. Ahora el fiscal fue mucho más duro. Primeramente pidió 31 penas de muerte, de las que se conmutaron media docena. Pero luego solicitó otras 15 penas máximas. El resultado fue que se condenó a muerte a 40 de los procesados: fueron fusilados entre los días 18, 19 y 20 de septiembre del 36 en el Cascajal de San Isidro, en las afueras de la ciudad, mientras en ésta se celebraban las fiestas de San Mateo, en las que no faltaban actos religiosos oficiales, toros y verbenas. San Isidro, situado junto al actual cuartel de la Guardia Civil, fue el lugar donde ordinariamente se llevaba a fusilar a los procesados después del “levantamiento”. A presenciarlo acudían muchas personas curiosas en plan festivo, como si de un espectáculo más se tratase. Tal fue la concurrencia que se llegó a instalar una churrería para hacer el verano con los espectadores...

Yo tuve suerte. En el Consejo de Guerra me preguntaron que si ocupaba algún cargo en la UGT. A todos los que ocupaban cargos les sentenciaban a la pena de muerte. Dije que no, aunque presidía la Sociedad de Camareros; no me descubrieron.

Trabajaba en Valladolid de camarero desde que vine de Peñafiel en 1927, primero en el “Lion d'Or”, en la plaza Mayor, luego en el café “Yoyo”. Fueron tiempos difíciles, tuvimos que luchar mucho. Cuando salíamos de trabajar solíamos ir al sindicato. Así conseguimos que la jornada de trabajo se redujera a ocho horas. Los jóvenes teníamos una gran ilusión con las posibilidades que se abrieron al llegar la II República. En Valladolid había mucha solidaridad para mejorar nuestra situación de trabajadores. También nos

uníamos para oponernos a los falangistas que, de vez en cuando, salían a provocar desde un par de años antes del “levantamiento”.

Había falangistas que se reunían en el bar Cantábrico, donde circulaban las pistolas por doquier. Un día el gobernador mandó hacer un registro, pero los policías que fueron no querían ver nada. Un compañero mío tuvo que decirle a un policía: “*¡Pero no ve que ese lleva ahí una pistola!*”. Se la quitaron, pero a los pocos días del 18 de julio, en venganza, mi amigo fue “paseado”.

La represión en Valladolid fue terrible. Hubo cientos de fusilados, especialmente militantes de sindicatos y de partidos de izquierdas, con mayoría de ugetistas y socialistas, ampliamente implantados en la ciudad. La lista es interminable. Recuerdo a algunos que conocí personalmente:

Al alcalde, Antonio García Quintana, (*Alcalde entre 1932-34 y en 1936*), socialista, le fusilarían (*Fue el 8 de octubre de 1937*). Era un hombre honrado de verdad, siempre estaba trabajando para mejorar la situación de los trabajadores. Creo que ha sido el mejor alcalde que ha tenido Valladolid.

A Federico Landrove Moíño, socialista, el primer alcalde que tuvo la ciudad tras proclamarse la República, (1931-1932) le enviaron con muchos de los detenidos en la Casa del Pueblo al Fuerte de San Cristóbal. No pudo fugarse porque era ya mayor, estaba enfermo y fue enviado al sanatorio de Segovia poco antes, donde murió. A su hijo, Federico Landrove López, le fusilaron en Valladolid.

A Eusebio González, un hombre honrado, tipógrafo de “El Norte de Castilla”, diputado socialista, también le pasearon.

Cientos de presos fueron encerrados en las Cocheras de Renfe, cerca del Arco de Ladrillo. Acaso lo más terrible para los que estaban allí detenidos era que no estaban juzgados y nadie sabía qué iban a hacer con él. Cuando algún guardián leía los nombres de los que iban a sacar a matar, todos los presos temblaban.

En la cárcel Vieja permanecí hasta enero del 37; entonces muchos fuimos enviados al Fuerte de San Cristóbal; poco antes había llegado otra expedición de presos. A otros compañeros detenidos conmigo el 19 de julio les enviaron al Puerto de Santa María porque el Fuerte ya estaba abarrotado.



Presos del Fuerte: de izquierda a derecha y de arriba abajo: Urbano Antón (444), Teófilo García, Fidel Sarabia (1048), José Alberdi, Ignacio Archeli (435) y Ambrosio Ríos (1008), en el Fuerte, hacia 1940.

B.- LA VIDA EN EL FUERTE

Al poco de llegar una amistad me dijo que podría salir de la cárcel si me ponía camisa azul y me iba al frente. Yo sólo le dije: “¡No, gracias!, estoy muy bien aquí”.

De Valladolid iban cada quince días unas tres mujeres que nos llevaban cosas para 20 ó 30. Lo único que no me faltó fue el tabaco. Allí no me dieron ni una cuchara; desde que ingresé en enero del 37 hasta la fuga usé solo un vaso que tuve que comprar. No hacía falta más vajilla para la comida que nos daban. El chocolate que nos daban, “*Manterola*”, era transparente, no sabía a nada, ni siquiera dulce.

Estando sentado en la ventana para que me diera el sol, me resfrié. El médico, Lamas, me mandó inyecciones de “*Bronquimar*” que me tenía que poner la madre superiora. Usaba agujas gordas que limaba con una piedra de esmeril. Poniéndome una inyección se la partió una aguja y exclamó: “*¡Que pena...!*”, pensando yo que lo decía por mí, pero añadió, “*La mejor aguja que tenía*”.

A un vasco fortachón de unos 25 años le dio una noche un vómito de sangre, muriendo de madrugada. Me impresionó mucho. El mayor temor que tuve allí fue coger la tuberculosis.

Un cura, D. José María Pascual, nos ayudaba. Traía ropa o zapatillas, incluso a veces, viendo a algún preso descalzo, le daba sus zapatillas. Para animarnos después de la fuga, nos contó que los italianos habían sido derrotados en Guadalajara. Había otro cura, D. Ramón, que prometía pero no daba nada. Sólo dejaban allí a las peores monjas; si alguna hacía amistad con los presos, la echaban.

C.- RECUERDOS SOBRE LA FUGA

La verdad es que la mayoría de los presos no nos enteramos de nada hasta el día de la fuga. Solamente en el verano del 37 oí hablar de que se estaba preparando algo a dos de Valladolid que luego morirían en el monte.

El Penal estaba independiente del Cuerpo de Guardia, separados ambos por el Rastrillo. Los del Cuerpo de Guardia cenaban después que lo hacían los presos, tras oírse el toque de fagina; esto facilitaría a los organizadores de la fuga la reducción de la guardia exterior.

En cada brigada, algunos presos se encargaron de coger la pistola al respectivo guardián que acompañaba al reparto del rancho. Después de quitarles la pistola se les encerró en la primera brigada.

Cuando salí de mi brigada con la mayoría de presos que en ella estábamos, los organizadores ya habían tomado todas las garitas y todo el Fuerte. Un gallego consiguió que los presos tomaran las garitas que dominaban el Penal poniendo de parapeto a los sargentos de la guardia.

No creo que hubiera ninguna tentativa de matar a Alcázar de Velasco (1823). Si los presos hubieron querido, se hubieran cargado a cualquiera, pero no se intentó matar a nadie. Si murió un centinela fue porque empezó a chillar, poniendo en peligro todo el plan. A los guardianes se les quedó dentro del penal sin hacerles daño.

Antes de salir de la brigada dejé un traje que tenía a Juan Burgoa (612); con mi traje moriría. Era un gran chaval que podría haber llegado lejos. Pertenecía a Acción Católica y era de familia bien situada, pero el 18 de julio se refugió en la Casa del Pueblo de Valladolid y le condenaron como a los demás.

Cuando salimos del Fuerte, muchos presos nos formamos en columna de a seis. Entonces llegó un coche con el alférez jefe de la Guardia; los presos le redujeron y tiraron el coche por una pendiente. Al alférez se le dejó en libertad y empezó a decir que tuviéramos mucho cuidado con lo que íbamos a hacer, que había mucha fuerza en Pamplona, que nos iban a matar a todos. Entonces muchos presos que habían salido se

metieron dentro del Fuerte; si no hubiera llegado el alférez no hubiera quedado en el Fuerte casi nadie. Luego dejaron al alférez en libertad.

Entre los presos había carabineros y cazadores navarros que conocían bien el terreno. Había llovido el día anterior y estaba embarrado todo el monte. Salimos en masa, primero en formación, pero al iniciar la bajada del monte el ejército ya estaba buscándonos, vimos reflectores, oímos coches y comenzamos a dispersarnos en pequeños grupos. No hubo lucha ni resistencia, nos fueron cazando como a conejos.

Iba con un grupo de unos 30. Un compañero cayó conmigo por un terraplén yendo a parar a un arroyo en el que quedé con medio cuerpo dentro. Perdí el conocimiento y cuando lo recobré el compañero estaba muerto. Yo me había desgarrado la frente al caer y tenía empapada la nariz de sangre y barro. Seguí andando y me encontré con un pequeño grupo en el que uno no paraba de dar voces que podían delatarnos. Me junté a un tal “Bombero” y nos separamos del grupo.

El lunes por la noche apenas se veía pero seguimos avanzando, encontrándonos con un pueblecito. Al acercarnos a un huerto nos sorprendieron por atrás y nos detuvieron. Aún tenía la cara de barro y sangre y me dieron agua y sal para lavarme. Luego comimos los dos con el alcalde; nos preguntó acerca de la fuga, a pesar de nuestra cara de temor. Nos dijo que Francia estaba a unas tres horas de camino; si hubiéramos tenido dinero, acaso nos hubieran pasado hasta la frontera.

No había camino de acceso al pueblo; llegaron unos soldados por un sendero y nos llevaron hasta un pueblo donde había más fugados capturados. Allí, una mujer, la del farmacéutico, le decía a otro muy sorprendida: “¡Anda, pero

si son como nosotros!”. Creían que teníamos cuernos y rabo...

Una vez detenidos yo creí que ya no nos iban a matar, pues pensaba que si esa fuera su intención lo habrían hecho en el primer momento; pero a mi compañero, el “Bombero”, le entró un gran temor. El teniente que nos cacheó nos condujo luego hacia un terraplén cerca del cementerio. Mi compañero quería tirarse y le tuve que agarrar para que no lo hiciera. Luego nos encontramos con unos guardias civiles al lado de un paredón. El “Bombero” se asustó aún más. Allí esperamos un cuarto de hora y llegó un camión nuevo que nos subió a otro pueblo para recoger más presos.

Conducidos a Pamplona, nos metieron en un autobús y nos subieron al Fuerte. Al llegar pegaron a cuatro o cinco presos comunes, pero a los demás no nos tocaron.

D.- DESPUÉS DE LA FUGA

Los fugados fuimos aislados en la primera brigada. Allí estuvimos sin salir cuatro meses, hasta finales de septiembre. Vivíamos hacinados. Cuando llegaban los guardianes a repartir el rancho, entraban con pañuelo en la nariz porque el olor que había era insoportable para el que no estuviera allí.

Fuimos salvados gracias a la intervención de un médico que fue a inspeccionar. Yo me encontraba en la primera cámara de la brigada con otros muchos presos y le oí decir al médico cuando entró que aquello era inhumano, que más valía que nos fusilaran si no nos iban a sacar de aquel lugar; entonces nos subieron al día siguiente a la 3ª brigada, mucho más ventilada. Después de la fuga metieron a requetés para que nos vigilaran, ayudados por algún oficial de prisiones y otros funcionarios.

No nos enteramos del juicio. No sacaron del Fuerte más que dos o tres presos de cada brigada. Luego nos dijeron los guardianes que, con arreglo al artículo “tantos”, teníamos la “pena máxima”. Como no sabíamos en qué consistía ésta, creímos durante muchos meses que podía ser la pena de muerte y pensábamos que podíamos ser fusilados en cualquier momento. Para aterrorizarnos aún más, de vez en cuando nos decía algún guardián: “¡Hijos de puta, ‘pa’ lo que vais a vivir!”.

Comprobaron que nos habíamos fugado por hambre; por eso no nos fusilaron a todos. Antonio Escudero (504) fue acusado de ser uno de los promotores de la fuga porque, estando custodiando al jefe de servicios de ese día, D. Juan Sánchez Pescador, un hombre gordo al que llamaban “Michelín”, le dio una bofetada. Daniel Elorza (305), un vasco corpulento, fue fusilado porque le reconocieron por la chaqueta de cuero que llevaba durante la ejecución de la fuga.

E.- LA LIBERACIÓN

Al acabar la guerra el director de la prisión nos decía: “Ha ganado Franco”, pero no le creíamos; estuvimos durante un mes pensando que era mentira. No nos lo queríamos creer...

Para ser liberados en el Fuerte tras cumplir la condena había que aprobar un examen de religión. Un día se presentó un hortelano que no sabía ni leer ni escribir y no le dejaron salir por no saberse el catecismo. Dos vascos se le aprendieron de memoria en dos días y salieron inmediatamente. Yo tuve que seguir cumpliendo condena en otras cárceles. Me llevaron con otros fugados a la de Astorga y luego a la de Gijón. En ésta muchos presos nos miraban por encima del hombro a los de Valladolid,

pensando que éramos falangistas. Durante un desfile ante las autoridades no besé el “niñojesús” para demostrarles que no comulgaba con el régimen.



Teófilo en el Fuerte, 10-2-1942. Las condiciones de vida mejoraron. Llegó la ayuda familiar tras 5 años preso.

7.2 FERNANDO PARRA SAN JOSÉ

De Santibáñez de Valcorba, pueblecito vallisoletano cercano a Peñafiel, procedían dos fugados: Felipe Parra Calvo (1025), muerto en la fuga, y su sobrino, Fernando Parra (1015), fallecido en 2006. Fernando me contó en 1989 su aventura carcelaria.



Teófilo García, Fernando Parra, Leopoldo Cámara y Félix, en 1989.

A.- POR QUÉ FUE ENCARCELADO

El 20 de julio de 1936 José Antonio Girón de Velasco detuvo en mi pueblo, Santibáñez, a mi padre, a mi tío Felipe, a mi hermano Eugenio y al alcalde Isaac, por los hechos narrados en la Sentencia.

Les llevaron a Valladolid en el coche de línea de “Herguedas”. El conductor del mismo me diría tiempo después que, pasando Traspinedo, Girón quería matar a todos los que llevaban detenidos en el autocar; entonces el chofer le dijo que, si pensaba hacer eso, morirían todos los que iban en el autocar porque le iba a dejar estrellar. Así consiguió que desistiera de matarles. Me han contado que, antes de “visitar” Santibáñez, ya habían estado en Traspinedo.

A mi padre, y a mi hermano les tuvieron encerrados en las Cocheras de Tranvías, en Valladolid, desde el 21 de julio hasta el 6 de septiembre, en que fueron conducidos a la Cárcel Provincial para ser juzgados.

A mí me detuvieron el 22 de agosto. Me salvó el que me detuvieron “oficialmente”, pues de lo contrario, a pesar de ser apreciado en el pueblo, probablemente me hubieran “paseado”.

Me llevaron a la Cárcel Nueva de Valladolid. Allí estábamos hacinados; para ir al servicio tenías que pasar por encima de varios presos. De esta prisión sacaban a diario a varios “gubernativos” o presos sin juzgar para fusilarlos.

El 6 de septiembre nos dictaron sentencia. En un primer momento nos impusieron la pena de muerte a mi padre, a mi hermano y a mí. Pedimos a los carceleros que pudiéramos

estar juntos los últimos días de nuestra vida y nos llevaron a los tres a la Cárcel Nueva.

El jueves 9 de septiembre nuestro abogado defensor fue a la cárcel y nos llamó. Fui a hablar con él y me dijo: “Lo principal se ha salvado”. Significaba que nos habían conmutado la pena de muerte a mi hermano y a mí, pero a mi padre no le libraron. Cuatro días después lo sacaron a fusilar a la gravera de San Isidro.

18


GOBIERNO CIVIL
DE LA
PROVINCIA DE VALLADOLID
SECRETARÍA MILITAR
Número 226

Sírvase V. disponer lo conveniente para que se pueda proceder al enterramiento de los cadáveres de los reos anotados al margen, inmediatamente después de su ejecución, que tendrá lugar a las veio horas del día 13 del corriente.

Dios guarde a V. muchos años.
Valladolid, 12 de Septiembre
de 1936.

El GOBERNADOR CIVIL,
Joaquín Amador

Guillermo Martín Sánchez 116
Antonio Martín Álvarez 117
Vicenta Benítez Robian 116
Félix Enciso Calvo 117
Hilario Canasal Anas 117
César Martínez de la Fuente 117
Eutiquio Pana Calvo 117

C. 5204 n. 312
de 1936.



Sr. Conserje del Cementerio municipal de Valladolid.

El padre de Fernando aparece en el macabro aviso del gobierno civil para que el conserje del cementerio entierre a 7 ciudadanos que serán ejecutados.

A mi hermano Eugenio le llevaron al Penal de Burgos; saldría de allí en 1940. A mí me llevaron al Fuerte de San Cristóbal. En Santibáñez dejaba a mi esposa, embarazada, y a un hijo de seis meses. No les volvería a ver hasta que salí en libertad del Fuerte el 7 de octubre de 1940.

Cuando mi esposa fue a pedir al jefe provincial de falange ropa para los niños, donada por el Auxilio Social, le contestó que como nadie la pedía la habían devuelto, y que deberían matarles porque, al haber fusilado a su abuelo y encarcelado a su padre, podrían vengarse cuando fueran mayores. Pero yo nunca les llegué a inculcar después ninguna idea de venganza.

B.- LA VIDA EN EL FUERTE

Alcázar de Velasco estaba en su pabellón con un tal Chamorro, hermano del aviador que murió con Mola, y con tres o cuatro conocidos falangistas.

Todos los años que estuvimos pasamos un hambre atroz, especialmente en los días en torno a Navidad, porque cuando nevaba no subían suministros. En los momentos críticos nos daban mondas de patatas cocidas. Había celdas de castigo de las que los presos volvían medio ciegos o no volvían nunca más.

C.- RECUERDOS SOBRE LA FUGA

En mi brigada había dependencias separadas por arcos, en la primera de las cuales me encontraba. Entró impresionado un tal Goñi Avienzano que solía hablar con el señor Cid y nos dijo que acababan de entrar unos presos y habían

quitado la pistola y la gorra a Cid. En ese momento por una ventana he visto pasar a Pico (319) con la gorra y el abrigo de Cid. Luego entró un preso común llamado “el Quemao” con un fusil en la mano invitándonos a que saliéramos. Entonces uno de los ordenanzas, también preso, ha dicho, “Dos de los que tengan cojones que salgan”; al instante se ha presentado Primitivo Miguel Frechilla diciendo, “*Todo el que quiera salir que salga, están las puertas abiertas*”. Entonces le he dicho a mi tío Felipe, “¿*Qué hacemos?*”, respondiéndome: “*¡Marcharnos!*”.

Preparamos la ropa que teníamos en los taleguillos y salimos afuera. Se perdió mucho tiempo en lo que salimos. Cinco minutos más y ya no habiéramos podido salir.

Al poco tiempo de salir del Fuerte, empecé a correr monte abajo con mi tío Felipe y otros presos. Mi tío y yo nos hemos despistado inmediatamente. Entonces empecé a vocear, “*¡Tío, tío...!*”. Ya no volví a verle más. Mucho después me enteraría por la carta que enviaron a mi tía, su mujer, y por individuos que le habían visto en compañía de “*el Quemao*”, que mi tío se confesó con el cura de Navaz antes de morir el jueves día 26 de mayo. Acaso le enterraron allí.

Seguí con un pequeño grupo en el que un tal “Francia” se erigió en jefe, porque decía que conocía el terreno. Yo vi enseguida que no llevábamos una dirección acertada. La primera noche, cuando descansamos, estuve inspeccionando el terreno y luego me resguardé en un matojo por temor a la aviación.

Al entrar el día, el que creía conocer el terreno lo inspeccionó y reunió a unos 40 ó 50 fugados que andaban por allí perdidos. Teníamos 9 fusiles; a mí me dio uno con el que estuve todo el primer día. Ese mismo día he visto

desde un montículo en el que estábamos a tres requetés con capote, a muy poca distancia de nosotros.

Teníamos que pasar un río y una carretera. Primero se decidió cruzar el río a nado; entonces, con una lata que había trabajado en el Fuerte, corté un tronco como mi muñeca para tantear el agua; pero no lo atravesamos esperando encontrar un puente. Cuando se nos echaba la noche del lunes, me dolían mucho las piernas, cogí la alforja, el palo y el fusil y nos fuimos andando hasta un sitio tapiado y ayudándonos lo saltamos. Luego llegamos a un lugar próximo a un puente, sembrado de habas que ya estaban en flor. Tenía una sed que me moría. Atravesamos el campo de habas metiendo mucho ruido. El jefe dijo, “*¡Alto, sentarse! y el que pueda dormir que duerma*”. A mi lado se sentó un muchacho de Pollos (*Pueblo de Valladolid*) con una manta con la que nos cubrimos los dos. Me quedé dormido sentado.

El jefe fue a inspeccionar por dónde se podría pasar el río. Al volver nos dijo, “*¡Arriba, pies atrás!*”. Yo intuí que íbamos al puente y no me equivoqué. Luego dijo, “*Los de los fusiles los primeros y todos en fila india*”. Yo iba el último de los 9 que abríamos la marcha con fusil. A la entrada del puente nos mandó cargar los fusiles. Se me trabó el cerrojo. Uno que iba detrás de mí me dijo que si le daba el fusil y yo se lo di encantado. Andamos unos metros dentro del puente y desde el otro lado nos dieron el alto. Entonces dimos media vuelta y empezamos a correr mientras nos disparaban. Conseguimos escondernos de nuevo. No sé si alguien moriría en el puente. Nos volvimos a juntar menos de 10, casi todos gallegos que de vez en cuando exclamaban: “*¡Ay madre, ay que no puedo más!*”.

Les dije que si venía alguien a beber al río, pero nadie bajó. Yo llevaba en el bolso mucha munición. Tras la retirada la enterré. Hicimos noche por segundo día.

Al amanecer tomé la iniciativa y les dije: “*Bueno muchachos, yo lo veo todo perdido, está tomada la carretera y el río. Nos vamos a entregar*”. Todos estuvieron de acuerdo y partimos.

Iba muerto de sed. Dimos con una aldeucha, vimos unas chavalas que se escondieron. Llamamos a una puerta y salió una señora: “*Somos los fugados*”, la dije, y la pedí agua. Llamó a unos señores y decidieron bajar a entregarnos a algún pueblo. Mientras nos llevaban me di cuenta de que aún llevaba munición; la tiré como pude simulando beber en un arroyo. En el camino nos topamos con dos requetés con uniforme militar. Hablaron con la gente que nos conducía y creí que nos iban a matar. Uno de los requetés me dijo, “*No sé por qué me parece a mí que estás hecho un pez de colores*”; me asusté. Llegamos a un pueblo al lado de la carretera de Francia y nos metieron en un portalón, vigilados por dos muchachos requetés con fusil. Luego trajeron a más fugados.

Llegó uno de los comunes, Ferragut, un mallorquín. Los comunes tenían el uniforme oficial de preso, color pardo. Llegaba calado, le habían sacado del río a punto de ahogarse, pero él dijo que se había mojado al intentar salvar a alguien en el río. Al oír esta fanfarronada, el chico de Pollos que el día anterior durmió sentado a mi lado no pudo contener un “*¡Me caguén dios!*”. Entonces sí que la preparó, ¡hay que ver la que se armó en un momento por haber blasfemado!

Nos tiraron dos o tres barras de pan como a los perros. Por la tarde llegó un teniente de carabineros que era tuerto. Le contaron la blasfemia, le puso de rodillas al de Pollos y

le dio de patadas. Luego comenzó a hacer un cigarro diciendo, *“Me importa la vida de todos vosotros menos que este papel de fumar”*.

Me di cuenta de que aún tenían dos municiones. Nos dijeron que sacáramos todo lo que teníamos en los bolsos, pero conseguí deshacerme de ellas haciendo como que iba a orinar y tirándolas entre un montón de abono. Luego saqué todo lo que llevaba, quedando allí hasta la cartilla militar. Esperamos a la noche y llegó un coche de línea. Nos montaron y nos condujeron a Pamplona. Yo pensaba que nos iban a fusilar en alguna vuelta, pero nos subieron hasta el Fuerte.

D.- DESPUÉS DE LA FUGA

Cuando nos volvieron a subir al Fuerte capturados tuve muchísima suerte, ni me pegaron ni me registraron siquiera. Nos metieron en la brigada del sótano.

Nos sacaban a pasear un rato por las mañanas, antes de amanecer, en fila de tres y a toda marcha. Estuvimos sin ver el sol hasta el 18 de julio del 38 en que nos sacaron por la tarde; entonces me dio un golpe de sol que me dejó medio cegado. Me impresionó mucho.

Nos privaron de todo contacto con el exterior, incluso nos aislaron del resto de los presos no fugados. No podíamos recibir noticias de la familia, ni tampoco comida.

La cisterna de la 1ª brigada estaba llena de piojos. Cuando ya nos subieron a la 3ª brigada, hemos visto a un señor mayor de la provincia de León que se comía los piojos.

E.- LA LIBERACIÓN

Mi mujer supo pronto que había habido una fuga, pero nadie de fuera del Penal sabía quiénes se habían fugado o

quiénes habían muerto. Para procesarnos pidieron informes a las autoridades de los respectivos pueblos. Por este hecho y a través de un falangista que trabajaba en el Ayuntamiento de Santibáñez, mi mujer se enteró de que yo estaba vivo.

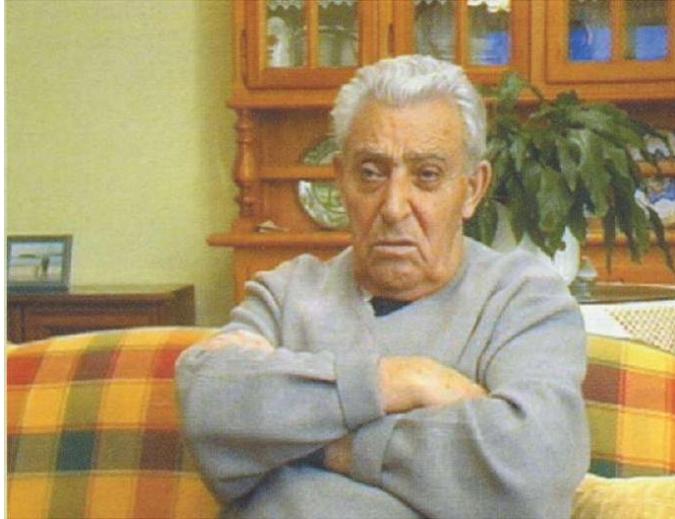
(Fernando salió del Fuerte el 7 de octubre de 1940, quedando en situación de “prisión atenuada”).



Cuatro compañeros del Fuerte cambiando impresiones en 1989: Fernando Parra, Teófilo García, Eusebio Lázaro y Leopoldo Cámara.

7.3 SANTIAGO ROBLEDO MANCHÓN

Nació en Nava del Cerrato (Palencia), pero a los tres meses le trajeron a Valladolid, donde ha residido hasta su fallecimiento en 2007. Era albañil y tenía 20 años cuando fue detenido en la Casa del Pueblo el 19 de julio del 36. Juzgaron a 435 hombres y a 13 mujeres. Santiago fue enviado al Fuerte con otros 121 compañeros vallisoletanos. Pasó en el Fuerte más de 5 años. A pesar de su edad, su testimonio es lúcido y lleno de vitalidad.



Santiago Robledo contando, recordando.

A.- POR QUÉ FUE ENCARCELADO

Yo pertenecía a las Juventudes Socialistas, salía con otros jóvenes a vender la prensa, hacíamos gimnasia en el Pinar y en las Arcas Reales, dábamos propaganda y hacíamos el servicio de orden en mítines que hubo en la plaza de toros, como los de Largo Caballero, Indalecio Prieto, Jiménez de Asua. La juventud era la que guardaba el orden en estos mítines.

Cuando vendíamos prensa salían falangistas armados a agredirnos. Yo tuve la desgracia de ser machacado un día por falangistas cuando estaba vendiendo prensa con otro compañero. A ellos luego no les pasaba nada.

Cuando estalló el Movimiento fuí a la Casa del Pueblo y allí nos refugiamos cientos de trabajadores. Pronto estaba copada por fuerzas de falange y del ejército, batían la Casa del Pueblo desde la torre de la catedral con una ametralladora del ejército.

A las ocho de la mañana del 19 de julio la artillería disparó contra la parte vieja de la Casa del Pueblo, la parte nueva aún no estaba terminada. Llegó entonces la desbandada, unos por un sitio, otros por otro, de patio en patio, algunos heridos, como yo.

Salimos y nos llevaron detenidos a la calle Enrique IV, antes calle La longaniza, poniéndonos contra la pared. Apareció un sereno de la calle Miguel Íscar que defendía al capital y quería que nos mataran allí, pero un capitán le dijo, “Aquí no se mata a nadie”. De ahí nos ingresaron entonces en la Cárcel Vieja, en muy malas condiciones, haciéndose responsable de todos nosotros uno de nuestros líderes. Allí le condenarían a muerte y él mismo eligió la caja.

Allí estuvimos hasta septiembre. Los falangistas querían asaltarla y los presos llegamos a levantar las baldosas y, metiéndolas en sacos, hicimos parapetos. Luego nos llevaron a la Cárcel Nueva, aunque unos guardias civiles decían que al cementerio y otros que a la Cárcel Nueva.

En la Cárcel Nueva fusilaron a un médico de Olmedo, Jefino, y a Landrove hijo, así como al alcalde García Quintana y a su hijo. A las doce de la noche les sacaban para ser fusilados al amanecer en San Isidro. Los de falange y sus familias hacían allí fiesta y volvían diciendo que qué bien lo habían pasado, enterándose de esto familiares de los que estábamos presos. En la calle Ferrocarril había un tuerto que sacaba la pistola para matar a alguien por menos de un pitillo.

En la Cárcel Nueva estuvimos hasta el 2 de mayo del 37 en que, tras el juicio, nos enviaron a Pamplona.

B.- LA VIDA EN EL FUERTE

Yo tenía 20 años cuando ingresé. Lo que más me impresionó fue la comida. Me dieron un bote de pimienta vacío para recogerla y yo creía que era de cachondeo, pero no, fueron repartiendo un caldo de agua y me dijeron, “No protestes o te sacuden”. Vino la cena y lo mismo, allí la gente moría de hambre, especialmente los que no recibían

de la familia, se quedaban completamente apagados y encima les pegaban para que se levantaran.

Si había de comida patatas, te tocaban dos cachos, si había garbanzos, al mes te tocaban 17. Comíamos la bolla de pan, que no duraba nada y agua con un par de patatas o 3-4 garbanzos. Había gente que entraba con 90 kilos y a los cuatro meses le veías casi muerto. El hambre fue la gran causa de la fuga.

En el Economato podías comprar sardinas en lata, arenques, queso de lo malo, si tenías dinero para los vales. Algunos de lo que recibían paquete de comida de casa cambiaban la bolla de pan por tabaco. Ibas al Economato y no podías protestar por los precios porque un guardián que había en la cocina, llamado Bueno, te mandaba pasar a la cocina y salías con una paliza de miedo.

El día de Nochebuena creíamos que habría carne en las gabetas, pero eran cáscaras de patata. Repartía el oficial “Calderilla” y decía en alto, “Son cáscaras de patata, ¿qué pasa?”, y a callar todo el mundo. A veces nos ponían hojas de remolacha podrida. Luego ibas a hacer del vientre y no podías, era criminal. Los cocos llenaban las habas, flotaban sobre el caldo y a callar porque el que repartía, un preso común, era “malo como un perro” y le acompañaba un oficial.

Algunos guardianes nos trataban mal. Un tal Bahamontes, gallego al que le habían matado al padre, se enfrentó a un guardián y casi le matan a palos. Si te pegaban no podías quedarte en la nave de la brigada porque algunos guardianes como “la Pepona”, “el Pastor”, Mesegüena o Campos te castigaban. Con otros, como Prieto o Cid, se podía hablar; Sacristán no era de los peores.

Cuando llegamos al Fuerte, en la 1ª brigada había gubernativos, no juzgados, unos 300, no salían al patio,

estaban aislados de nosotros. Los liquidaron en un mes, solo se salvaron dos, uno de ellos porque tenía un hermano comandante al que avisó para que subiera a por él o le mataban, y otro que le acompañó. Les dieron la libertad a las ocho de la noche; a los demás les mataban en la segunda revuelta o curva antes de llegar al Fuerte. Les mandaban para casa a las ocho de la noche y allí les fusilaban.

Un cura iba de uniforme, gorro, correa y pistolón, diciendo a veces, “Había que matarles a todos”. Había que ir a misa, en formación. Tan solo hubo uno de la brigada que dijo, “Yo soy ateo”, le llamábamos de apodo “Cunín”, era de Valladolid y, tras salir en libertad, un guarda jurado le mató.

El director del penal no se dejaba ver, no se le conoció, pero el administrador era el que mandaba en el Economato.

La relación con los presos era diversa, había algunos que eran chivatos. Los más comprometidos eran los vallisoletanos y los vascos, fueron los que dieron más el callo. Me acuerdo de Marquínez (428) y de Ortega (301), bilbainos, de Sanchía, de Julito, de Barrenechea. Eran mayores que yo y muy buenas personas. Los cacereños estaban en las naves 9ª, 10ª y 11ª de nuestra 1ª brigada, se aislaban de los demás.

Había ideologías diferentes, socialistas, comunistas, anarquistas, republicanos. Con los que más nos reuníamos y hablábamos era con los que ya conocíamos. No podías hablar con cualquiera de cosas serías porque había chivatos, no podías hablar sin más en contra de algo o de alguien.

En los pabellones estaban bien, estaba el general Molero, el teniente coronel Casas y algunos militares y carabineros. A Molero y a Casas les llevaron a Artica. A los militares les trasladaron a otro lugar y no supimos más de ellos.

C.- RECUERDOS SOBRE LA FUGA

Yo estaba en la 1ª brigada, donde se fraguó la fuga. Se formó un coro en una de las naves, uno se ponía en la subida de la escalera de caracol y, cuando venía algún guardián, empezaba a cantar.

Los principales organizadores de la fuga que recuerdo fueron Julito, los hermanos “Pesca” (*Se refiere a los vallisoletanos Gerardo y Teodoro Aguado*), que eran albañiles, Rabanillo, Cañero, Ortega... Luego cogieron a los que más confianza tenían: Mariano Aparicio, Augusto del Barrio, Daniel, Ansúa, Ambrosio Ríos. Así se fue formando un grupo de más de veinte. De Valladolid había muchos.

El 22 de mayo, a la hora de la cena, esperábamos las gabetas. Entonces los organizadores de la fuga al guardián Bueno le quitaron la pistola y le llevaron a los lavaderos, haciendo lo mismo con Cid y Prieto. Luego fueron a por el jefe de servicios. Mientras tanto, en la parte alta, cerca de los pabellones, los hermanos “Pesca” fueron a reducir a un centinela y creyendo que les iba a matar le pegaron con una piqueta y murió.

Los organizadores pasaron luego a los rastrillos donde estaba el guardián Sacristán que no hizo resistencia. Una vez encerrados los guardianes en el lavadero, entraron en el cuerpo de guardia y redujeron a los soldados. Había fusiles italianos, los “espindargas”.

Luego fueron a reducir a la guardia exterior que estaba en las garitas. Eso fue a tiro limpio. Mientras, se había escapado el turuta hacia Artica, en la falda del monte, para dar parte de lo que ocurría. Ya reducidos los soldados, les metieron en dos celdas y abrieron las puertas del Fuerte. No se obligó a ningún preso, el que quiso salir, salió.

Luego apareció en coche por la segunda vuelta el oficial de servicio, un alférez, le metieron en una celda. Solo murió

un centinela, a los demás, funcionarios y soldados, se les encerró pero no se les hizo daño.

Empezamos la bajada por el monte hacia Francia, serían las ocho de la tarde. A las dos horas de fugarnos se veían reflectores para localizarnos. No conocíamos el monte y hubo accidentes; un vecino mío de Valladolid se lesionó y nos dijo, “Matadme, que me van a martirizar”, pero seguimos intentando atravesar el río y la carretera. A las doce de la noche ya habrían desplegado unos 5.000 hombres y estaba acordonada toda la carretera. Entonces fueron a la caza, igual que a la caza de conejos.

Yo iba en un grupo de nueve, había niebla, iba un carabinero que conocía el terreno. No llevábamos armas. Nos dieron el alto y unos cuantos nos quedamos quietos. Un compañero de la Cistérniga y yo nos tiramos al suelo entre la maleza y a los pocos segundos dispararon desde unos 15 metros. Les oímos decir, “Bueno, estos ya están bien”, y se fueron. Luego ya no vi al de la Cistérniga y me encontré solo. Intenté pasar la carretera, pero no pude y me fui otra vez al monte.

Ya de mañana vi a Anchía y a Ortega, les di la contraseña y me sumé a su grupo. Entre ellos había 4 de Mingorria que se querían entregar, pero los demás temían que dieran el chivatazo y vinieron las fuerzas a capturarnos. Les hicieron un juicio y les dejaron ir. Bajaron del monte y les estaban esperando las “águilas negras”, nosotros les veíamos desde lo alto y ellos no nos veían. Se entregaron e inmediatamente vinieron a por nosotros, venían con perros y estábamos copados. Nos entregamos cinco presos, era el día 24 de mayo, no había comido nada durante la fuga. Habíamos sido capturados en Orrío.

Nos vieron gente de Orrío y alguien dijo, “¡Anda, si no tienen cuernos!”. Entonces un preso común le dijo,

“Cabrón, tu padre es el que tiene los cuernos”. Le separaron del grupo y le dieron una paliza de miedo, a consecuencia de la cual luego moriría en el Fuerte.

Nos llevaron a Olabe y allí un capitán de requetés preguntó si habíamos hecho resistencia. Le dijeron que no y nos entregó a un capitán de carabineros que era tuerto. En una era de Olabe nos hizo pasar por encima de cuatro fugados muertos y nos llevaron a una cuadra. Yo llevaba un cuchillo hecho con un plato militar y le escondí como pude. Luego vino un autocar y nos subió a la prisión, encerrándonos en la 1ª brigada. *(En el “Libro registro de 795 fugados”, consta que Santiago reingresó en el Fuerte el día 24 de mayo a las 16 horas).*

En general preferíamos que nos detuviera el ejército, los soldados no se metían en nada ni nos insultaban, eran más comprensibles que los requetés, y éstos fueron más comprensibles que los de Falange, criminales de cabo a oreja.

D.- DESPUÉS DE LA FUGA

Cuando nos cogieron nos metieron en la 1ª, al lado de los aljibes. Había ya bastantes capturados. Dormíamos sobre el suelo de piedra, llenos de humedad, sin petate. Nos dieron un cazo de agua cada 24 horas. Nos incomunicaron y no sabíamos nada de la familia. Se quedaron con nuestras cartas y con los paquetes de comida. Así le pasó al vasco Barruetabeña, luego se enteró de que le habían mandado paquetes que nunca recibió. Los presos de la 2ª y 3ª brigadas nos mandaron la poca comida que les sobraba, el llamado “reenganche”.

Nos hacían salir un rato al patio de madrugada. A la vuelta, algunos guardianes como Campos, “la Pepona” y “el

Pastor”, se ponían en la curva de la escalera y según bajábamos nos apaleaban.

Contaré por qué a mí me pegaron una paliza. Yo no sabía nada de mi familia y había bastantes de Valladolid en la 2ª brigada, portándose muy bien Emiliano Cuesta y Alejandro Castro, ayudándonos y exponiéndose a que les castigaran. Cuando salíamos de madrugada de cuatro en fondo, se ponían en la ventana, alejados, para que no les viera el guardián; entonces les tiré una nota para que me contestasen por la noche a través de un hilo en el que bajaban la respuesta. Esa nota se perdió y llamaron a Augusto del Barrio y le castigaron. A continuación me esperaron en la 1ª brigada dos guardianes, “la Pepona”, que era requeté, y “el Pastor”, me enseñaron la nota y me apalearon. Luego llamaron a Ricardo Campos y le dijeron, “Quítate la chaqueta que la chaqueta no tiene la culpa”, y le pegaron entre cuatro guardianes. Todo esto ocurrió después de la fuga, estando castigados en la 1ª brigada.

Los centinelas nos tiraban a dar en el patio con las famosas balas explosivas dum-dum, hubo heridos, pero como si no pasaba nada. Estuvimos castigados en la 1ª brigada hasta el 18 de julio.

En ese tiempo nos visitó Amancio Tomé, director general de prisiones durante la guerra. Tenía barba porque le habían dado un tajazo en la cara en la cárcel de Palma. Nos dijo a los fugados que tenían que habernos llevado a Guinea para que nos muriéramos allí. También subió a vernos el obispo de Pamplona y se portó bien. Mejoró la comida. Cuando quitaron al cura requeté fueron dos sacerdotes, uno bueno, D. José María, el otro de malos sentimientos, D. Ramón.

Don José María fue conocido por toda España, llegaba y le decías, “Mire usted, no sé de mi familia”, entonces tomaba nota de tus señas y a la semana ya tenías noticia. Si

le pedías una camisa o una ropa, no sé cómo, pero te lo agenciaba al día siguiente. Le preguntábamos, “¿Quién quiere que triunfe, los aliados o Alemania?”, y nos decía que los aliados.

Meses después de la fuga, normalizada nuestra situación, le pedimos a D. José María material para hacer trabajos e hicimos anillos y joyeros con fichas de dominó; luego, en la 4ª brigada empezaron a hacer muñecos Enrique Corral, Ignacio Archeli, Urbano Antón, Barbero, Marquínez y otros fugados. D. José María nos traía a escondidas formones y pelo para fabricarles. Un madrileño talló un cristo de gran tamaño. Los juguetes que se hacían se sacaban para vender en la calle, lo que mejoró nuestra situación.

Al Administrador le echaron cuando fueron los de falange, poniéndose ellos a despachar en el economato; subías un banzo y pedías a través de una ventanilla.

De Jefe de Servicios pusieron a Daniel Fortea, le gustaba la disciplina militar cuando paseábamos por el patio. Se portó correctamente.

E.- LA LIBERACIÓN

A unos les llevaron a Burgos, a otros nos llevaron a la cárcel de Astorga. Al llegar, los presos de allí ya sabían que nos habíamos fugado en el Fuerte y cuando salíamos a hacer instrucción en su enorme patio los guardianes temían que nos fugáramos de nuevo. Allí no había agua cuando llegamos y nombramos una comisión para solicitar que nos dejaran arreglar las cañerías. No estaba permitido que usáramos herramientas, pero conseguimos que nos dejaran una terraja y tubos y conseguimos reestablecer el agua.

Luego nos llevaron a la cárcel de Figuerido. Nos encontramos con un jefe de servicios que había estado en el Fuerte, pero se quedó en oficinas y no le volvimos a ver.

Los guardianes se portaron bien. Nos propusieron a unos seis fugados ejercer de ordenanzas y nos negamos porque no teníamos derecho a redimir pena por el trabajo. Entonces nos llevaron a una celda de castigo y otros compañeros que pasaban por allí nos dijeron que aceptáramos por el bien de todos. Por la noche nos lo volvieron a proponer y aceptamos. Luego andábamos ya por donde queríamos y los guardianes dejaron de temer que nos volviéramos a fugar. Fue mi última cárcel.

El Fuerte de San Cristóbal es de lo peor que he conocido en mi vida. Las brigadas y las naves daban miedo, el piso era de pena. Cuando había que fregar los pasillos de madera te quemabas las manos de la cantidad de sosa que te echaban”.